

Antonio Romo Raventós y Aselo Plaza Vinuesa

REBELDES

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24.

1921



Digitized by the Internet Archive
in 2014

El respetable don
Tomás Calvo, sus
ta expresión de summa
aumentación y summa consideración

Blanca

2/5/24

Antoni Pina

REBELDES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

REBELDES

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

DE

Antonio Romo Raventós y Aselo Plaza Vinuesa

Estrenada en el **TEATRO ESPAÑOL**
de Madrid,
la noche del 21 de Abril de 1921.



MADRID

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.

TELÉFONO 13-40

1921

REPERES

1870

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

CHICAGO, ILL.

1870

Al querido Eduardo Portillo y a los primeros intérpretes de REBELDES. Nos acogisteis con simpatía; estudiasteis con entusiasmo y llevasteis al triunfo nuestra primera producción dramática. Sea para vosotros este recuerdo; que él os hable de nuestra admiración, de nuestra gratitud, del cariño que os guardamos...

ANTONIO ROMO ASELO PLAZA

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..

PERSONAJES

Alvaro Iñiguez de Lara (Marcelo), veintinueve años, porte distinguido.

Luisa María, veintiún años, de elegancia correcta.

Georgina, veinticinco años, viste con un llamativo buen gusto.

César Torroba, veintinueve años, de porte y maneras elegantes.

Jaime, hermano de Luisa María, de veinticinco años.

Don Pedro, padre de Luisa María y Jaime, sesenta años.

Don Eladio Belagoitia (nuevo rico), cincuenta años.

Juanita, hija de don Eladio, diez y ocho años.

Arturo, novio de Juanita; veinticuatro años.

Doña Gloria, madre de César y de Gloria, cincuenta años.

Gloria, hija de doña Gloria, veinte años.

Elena y Marta, jóvenes aristocráticas.

Venancio, guarda de la finca, cincuenta años.

Bonifacia, mujer de Venancio, la misma edad.

Una doncella.

Lugar de la acción: Primero y segundo actos, Bilbao; tercer acto, un pueblecito de la Rioja.

Derecha e izquierda, las del espectador.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUISA MARIA.....	Gloria Torrea.
GEORGINA... ..	Julia Lajos.
GLORIA... ..	Juanita Robles.
JUANITA... ..	Filomena Sedeño.
DOÑA GLORIA... ..	Julia Santero.
BONIFACIA... ..	Honorina Fernández.
ELENA... ..	Mercedes Revest.
MARTA... ..	Vicenta Soria.
ALVARO INIGUEZ DE LARA...	Evaristo Vedia.
CESAR TORROBA... ..	Miguel Escobar.
JAIME... ..	Luis López Brasal.
DON ELADIO BELAGOITIA.....	Santiago García.
DON PEDRO... ..	Aifredo de Alaiz.
ARTURO... ..	Miguel Pozanco.
VENANCIO... ..	Angel Sepúlveda.
UNA DONCELLA... ..	Victoriana Eguilaz.



ACTO PRIMERO

Epoca: Principios del verano.

Representará la escena un amplio despacho. Al fondo, un mirador corrido, que deje ver, por entre las vidrieras abiertas, el jardín del hotel. A derecha, izquierda y al fondo, puertas de comunicación. Los muebles, serios, pero elegantes. Se adivinará que una mano de mujer los cuida.

Es de día, y la estancia se halla iluminada por la claridad, poco intensa, que entra por el mirador.

JAIME, el hijo mayor de la familia, trabaja afanosamente en el estudio de un proyecto. Después de levantado el telón, entra por la puerta de la derecha CESAR TORROBA

César *(Desde la puerta.)* ¿Da usted su permiso, competente ingeniero?

Jaime ¡Adelante, querido! *(Sale a recibirle y se abrazan afectuosamente.)* Ya tenía deseos de darte este abrazo.

César Y yo de estrechar esa mano recia, de trabajador.

Jaime Siéntate. Después de cuatro años de ausencia, habrás pensado en dedicarme toda la mañana, ¿verdad? *(Se sientan.)*

César Y la tarde también, Jaimito. Recordaremos. Cuatro años hablando idiomas extranjeros, sin familia, sin amigos, solo en un mundo desconocido y exótico...

Jaime Del que retornas hecho un sabio.

César Quizá. Pero he desperdiciado la felicidad de

- todo ese tiempo. (*Pausa.*) Y los negocios, vientos en popa, ¿no?
- Jaime** Efectivamente. Hace muy poco hemos vendido las minas que nos pertenecían a Luisa María y a mí. Alvaro lo encontró aconsejable, y a mí, aunque con pena por ser del patrimonio de mi madre, me pareció conveniente.
- César** Alvaro es el marido de Luisa María, ¿verdad? (*Con indiferencia afectada.*)
- Jaime** Sí; debías recordarlo por mis cartas.
- César** No extrañes que no retuviera en la memoria el nombre. Me sorprendió, por cierto, la noticia. Como nada sabía de noviazgo...
- Jaime** Fué todo a escape: tres meses escasos.
- César** (*No pudiendo disimular su curiosidad.*) ¿Pero Luisa María le conocería de antemano?
- Jaime** Te contaré. Yo fui el primero en conocerle. En el Club había oído comentar la decisión de aquel distinguido americano, cuyo entusiasmo por la causa de Francia le llevó a alistarse como voluntario en la Legión Extranjera. Combatió bravamente y cayó prisionero. Consiguió el rescate, retornó por Italia, y en viaje de placer y descanso llegó a Bilbao. Un día me lo presentaron y simpatiqué con él en seguida, porque te aseguro que su charla cautiva.
- César** Muy interesante.
- Jaime** Después, con motivo de negocios, intimó con mi padre. Entonces conoció a Luisa María, y lo demás fué cosa de poco tiempo.
- César** (*Interrumpiendo.*) Pero Luisa María...
- Jaime** Casó profundamente enamorada, no lo dudes.
- César** ¿Y don Pedro no ofreció reparos, un escrúpulo de padre, propicio siempre a la desconfianza?...
- Jaime** Hubiera fingido. Alvaro ganó la voluntad de mi padre antes que la mía. Como Luisa María quiso casarse y se trataba de una familia de buena reputación en la Argentina... Tú conoces bien a mi hermana, César; mimada, pero falta de compañía maternal, nada inverosímil parece que prendiera en ella un afecto grande... Hasta hubiera sido peligroso contrariarla. (*En tono muy amistoso y sonriente.*) Y tú, mejor que nadie, debes conocer cómo puede sentir su corazón...

- César** Por creerlo, sólo por ello, me he atrevido a hacer insinuaciones. Yo quise a Luisa María. *(Turbado.)*
- Jaime** ¡Y cuánto hicisteis reír con vuestro noviazgo infantil!
- (Entra por la derecha LUISA MARIA.)*
- L. María** *(Dirigiéndose gentilmente a César.)* Me ha dicho don Eladio que estabas aquí... ¿Cómo estás, amiguito César? ¡Cuántos años!...
- César** Hecho ya un viejo. Bien forrado de ciencia y con algún bagaje de amargura en las alforjas.
- Jaime** Vuelve hecho un sentimental, y hay que reconocer que le cuadra su empaque de mundano melancólico.
- L. María** Eso dice papá. Te ha encontrado transformadísimo.
- César** Para transformación la de Eladio.
- Jaime** Es un caso de suerte. Se habla de petróleo, de submarinos...
- César** De eso está el mundo lleno con la guerra.
- L. María** ¿Y Juanita, el retoño de don Eladio?...
- César** Apenas he tenido tiempo. Los he saludado rápidamente. ¡Pchs!... ¡Una buena dote!
- Jaime** Bueno, basta de chismes.
- L. María** ¿Estabais de confiancias? ¿Verdad, Jaimito, que estos viajeros que vuelven de sus fastuosas correrías resultan un poco molestos para las humildes aves domésticas que no supimos saltar las tapias del corral?
- Jaime** No lo dirás por tí, que bien abiertas tienes las alas y bien pronto aprendiste a volar.
- César** El amor es buen maestro en cuestión de vuelos. Ya sé, Luisa María, que eres muy feliz. Bien lo mereces.
- L. María** Gracias, César. Soy feliz, muy feliz, o mejor dicho, lo sería completamente si no tuviera que marcharme... ¡y tan lejos! *(Sentándose.)* Y tú, ¿no has dejado tu alma encantada allá en el país de la niebla, o en poder de alguna walkiria en las márgenes del Rhin, o dulcemente adormecida entre la gracia exquisita de un bella francesa de *lèvres de cœur*?
- César** Traigo el alma conmigo un tanto dolorida, necesitaba de reposo y de verdaderos afectos. Para ella, hasta ahora, todo han sido indecisiones y transiciones bruscas. Amar en

- Londres para olvidar en París con otro amor que ha de olvidarse en Hamburgo.
- Jaime** ¿No te dije, Luisa María?... Sentimental y romántico... y filósofo distinguido... y además sabio en la ciencia y experto en la vida. ¡Una verdadera pesadilla para nuestras muchachas casaderas! (*Ríe.*)
- L. María** (*Sonriente.*) Tiene gracia; muy contristado, pero siempre dispuesto a olvidar.
- César** Permitirás que rechace esa injusticia, Luisa María.
(*Entran, por la derecha, DON PEDRO, DON ELADIO, JUANITA, ARTURO y ALVARO.*)
- Eladio** Venimos a despedirnos, pollos. ¡Hola, Jaimito! (*Estrecha la mano de Jaime, así como Juanita y Arturo.*)
- L. María** (*Tomando a su marido del brazo y dirigiéndose a César.*) Tè voy a presentar a César, de quien tanto has oído hablar. (*A César.*) Mi marido. (*Se estrechan ambos efusivamente la mano y simulan continuar hablando.*)
- Pedro** (*Dirigiéndose a César.*) Aprende. Mientras tú estudiabas por esos mundos, Eladio hacía una fortuna... Ya recordarás que era muy trabajador.
- Jaime** (*Sonriente.*) Salpicaduras de la guerra.
- L. María** Y su talento: no todos han sabido aprovecharse.
- Eladio** (*Con gesto cómico y ademán exagerado.*) Un poco de vista y las Navieras. Aquí me tienes. (*Dando media vuelta para mostrar su indumento.*) Hecho un dande.
- Juanita** (*Nerviosa.*) ¡Dandy, papá; dandy! (*Arturo hace un gesto de disgusto.*)
- Eladio** Ven acá, académica. (*A César.*) ¿Te has fijado bien en mi retoño?
- César** Ya lo creo, muy linda. ¡Quién diría que aquella niña!... ¿Tendrá ya novio?
- Eladio** (*Tomando bruscamente a Arturo.*) El que me va a administrar las Navieras, Arturo de la Almera.
- César** (*Conteniendo la risa.*) Pero si fuimos condiscípulos... ¿No me recuerdas? (*Después de saludarle.*) ¿Y tu carrera?
- Arturo** (*Con voz atiplada.*) Estoy... terminándola. (*Don Pedro y don Eladio se apartan del grupo, hablando a solas.*)
- César** ¿Aún?

- Jaime** Ahora es cuando le corre prisa.
- Alvaro** (*Irónico.*) Y usted ¿para qué quiere ser abogado?
- Arturo** ¿Y me lo pregunta usted a mí?
- Juanita** Porque yo no querría a un hombre sin título.
- Alvaro** Buena gana de martirizarle. (*Despectivamente.*) ¡Eso se comprá!
- L. María** (*Reconviniéndole.*) Siempre el mismo, Alvaro...
- Arturo** (*Después de mirar varias veces al reloj de pulsera.*) Don Eladio, se nos hace tarde.
- L. María** ¿Qué prisas son esas?
- Juanita** Es que vamos de compras y nos van a cerrar las tiendas. Con esto de la jornada nos fastidian.
- Eladio** Sí, nos vamos. (*A don Pedro.*) Ya me has tranquilizado.
- Jaime** Preocupa la baja, ¿eh? El ser rico tiene sus inconvenientes.
- Eladio** ¡Adiós, pollo! (*A César.*) Ya iremos por tu casa.
- Juanita** Sí, debemos visita. (*Redicha. Estrechando la mano a César.*) Saludos a Gloria.
- Arturo** (*Volviendo a mirar el reloj de pulsera.*) ¡Las doce! (*Da la mano a César. Mutis todos, menos Alvaro y César, por el foro.*)
- Alvaro** (*Que ha acompañado al grupo hasta la puerta.*) ¡Adiós a todos! ¿Qué me cuenta usted de esos mundos?
- César** Usted, usted es el que tiene que contar. Llevo apenas dos días en Bilbao y ya he oído comentar sus hazañas. (*Alvaro hace un gesto de extrañeza.*) Sí, sus guerreras aventuras...
- Alvaro** Siempre se fantasea, amigo. Impetuosidades de mi carácter, que han tenido un epílogo afortunado y vulgar, aunque muy humano.
- César** Por cierto que he encontrado aquí una compatriota de usted que le conoce.
- Alvaro** (*Extrañado.*) No caigo, no sé quién podrá ser...
- César** Georgina, una artista que conocí en París.
- Alvaro** (*Repuesto de su emoción.*) ¡Ah, sí! He visto su nombre en los carteles. (*Aparentando indiferencia.*)
- (*Vuelven por el fondo, de despedir la visita, DON PEDRO, LUISA MARIA y JAIME. Vienen riendo y comentando las ocurrencias de don Eladio.*)

- Pedro** (*Expansivo.*) ¿Y qué hay, Cesitar?
- César** Que encuentro a usted buenísimo, con una cara de satisfacción...
- Pedro** No sabes bien lo que gozo contemplando la alegría de esta pareja.
- Alvaro** La felicidad camina en todas las direcciones. El mérito consiste en saberla conquistar.
- César** Bueno será fiar un poco a la suerte.
- Alvaro** Exacto; pero no hay que esperarla, sino salir en su busca, y es el medio de someterla.
- César** Bien claro dicen sus palabras que usted triunfó.
- Jaime** Y rápidamente; ¿verdad, Luisa María?
- L. María** Ya le hubiese hecho yo cambiar de opinión si no tuviera que marcharse.
- Jaime** ¿Y si la suerte se niega?
- Alvaro** Desvío el camino.
- L. María** ¿Luego para ti las decepciones no existen?
- César** Ni los fracasos...
- Alvaro** Todo tiene el valor que nosotros le demos. Una joya vale más por su originalidad, su arte, su belleza: neguémosla todo esto y quedará su valor intrínseco... casi despreciable.
- Pedro** ¿Y si la joya es una mujer?
- César** (*Irónico.*) El reconocimiento de sus cualidades dependerá de que ella le atienda o no.
- Pedro** Es buen tirador César.
- L. María** A lo que no hay derecho, padre, es a comparar las mujeres con las joyas. Las joyas ganan en valor con los años... Y no creo que ocurra lo mismo con las mujeres...
- Alvaro** Según, según...
- L. María** ¿Es que has encontrado en mí el mérito de la antigüedad?
- Alvaro** ¡No, chiquilla! Es que en nuestro caso el tiempo que pasa ahonda mi afecto, y tú tienes más valor para mi vida.
- César** (*Más irónico.*) Si usted no envejeciera, eso sería muy grande.
- Pedro** Pero por encima de todo es una gran verdad: lo dice un viejo.
- L. María** Hablando de otra cosa. Ayer vi un momento a tu hermana, César, y me dijo que nos hablarías tú de una fiesta...
- César** (*Interrumpiendo.*) ¡Ah, sí! Me propongo dar una fiesta, en efecto. Durante el viaje di en pensar algo que me ahorrara muchas visitas,

alguna de las cuales había de hacer forzado, cumpliendo designios de una etiqueta que empalaga. Y tuve una idea luminosa. Si en vez de ser yo el que visitaba reunía en mi casa a todos los conocimientos, me costaría caro, porque los amigos no saben congregarse sin un fin práctico, pero las molestias del visiteo quedaban vencidas.

Alvaro Es usted muy original.

Pedro Y muy práctico.

Jaime Nos preparas algo grande, ¿no?

L. María ¿Una fiesta que perdure en todas las memorias?

César No seáis irónicos. Una cosa vulgarcita. Como las fiestas están muy usadas y cualquier fútil pretexto las organiza, yo haré algo con aroma de fiesta... Ya me entienden, ¿verdad? Claro es que no podrán faltar unos violines melodiosos, una artista un poco eminente. (A Alvaro.) Georgina... (Alvaro queda turbado. Luisa María le mira con asombro.) En fin, una reunión agradable, en la que la alegría podrá desbordarse, porque ha de haber juventud, buen humor, bellezas...

Pedro Y un motivo para que tu madre se anime y tu hermana disfrute. Muy bien pensado. No faltaré, querido César.

L. María Mira qué manera de darse por invitado...

César Esta casa es una continuación de la mía, y nunca pienso en ésta o en aquella: pienso en las dos.

Jaime Prepárate a ver caras bonitas, Alvaro.

Alvaro ¿Es que Luisa María se queda en casa? (Guiñando un ojo a don Pedro.)

L. María Como si me quedara, porque aquella noche vamos a divertirnos por separado. (Rien.)

Pedro ¡Buena pareja, buena!

(Entra por la derecha una CRIADA.)

Criada (A don Pedro.) Señor, el señor Soto ha llegado.

Pedro Di que voy en seguida. (Mutis Criada.) Bueno, querido César; siento abandonaros. Es cuestión de un momento. (Se levanta.)

Jaime (A César.) Nosotros también nos vamos, ¿te parece? (Signo afirmativo de César.)

Pedro Vamos entonces. (A Luisa María y Alvaro.) Contad conmigo para el paseo. Yo despacho con este señor pronto.

- César** (*Estrechando la mano de Alvaro.*) Un verdadero placer.
- Alvaro** A sus órdenes. ¡Muy bien venido!
- César** (*A Luisa María y Alvaro.*) Que siga esta felicidad por mil años.
- L. María** ¡Gracias, César! Hasta luego.
- César** (*Saliendo ya.*) ¡Adiós!
- Jaime** ¡Adiós, hermanitos!
- L. María** }
Alvaro } ¡Adiós!
- (*Mutis por el fondo don Pedro, Jaime y César.*)
- Alvaro** ¿Son grandes amigos tu hermano y César?
- L. María** Mejor dirás hermanos. Es un buen muchacho.
- Alvaro** Sin duda, y muy inteligente.
- L. María** (*Súbitamente.*) Oye, Alvaro, ¿quién es esa artista de quien habló César?
- Alvaro** (*Indiferente.*) Georgina... Una compatriota que actúa aquí.
- L. María** ¿Pero tú la conoces?
- Alvaro** Sí, la conocí en Italia.
- L. María** ¿Y la trataste?
- Alvaro** (*Sonriente.*) Mucho, mujercita curiosa, aunque no tanto como tú a César...
- L. María** ¡Ah, pilló! ¿Luego lo sabías?
- Alvaro** (*Melodramáticamente.*) ¡Lo sabía todo!
- L. María** ¿Sí? ¡Pues me siento otra vez curiosa!... (*Se ruboriza.*) ¿Qué pensaste al conocer nuestro noviazgo... nuestro juego?
- Alvaro** (*Galante.*) Que César vivía demasiado cerca de ti para no quererte, y luego marchó demasiado lejos para no olvidarte.
- L. María** (*Juguetona.*) ¿Cambiamos Georgina por César?
- Alvaro** (*Cariñoso.*) Trato hecho.
(*DON PEDRO aparece en escena por la puerta del fondo.*)
- Pedro** (*Con sombrero y bastón.*) Cuando queráis; el coche está dispuesto.
- L. María** Ahora mismo, padre. Yo no tengo más que ponerme el sombrero. ¿Vamos, Alvaro?
- Alvaro** No, querida. Hoy, con verdadero sentimiento, tengo que sacrificar el paseo. He de escribir a mi administrador y a varios amigos con quienes no me comunico durante largo tiempo, y quiero que mis cartas alcancen el próximo vapor.

- L. María** (*Disgustada.*) ¡Qué contrariedad! Cuando papá y yo contábamos contigo...
- Pedro** ¡No importa, hijita! Cuando él, que nunca nos ha faltado en el paseo, lo sacrifica, razón tendrá.
- L. María** Pero esas cartas las podía escribir esta tarde.
- Alvaro** (*Tomándola cariñosamente del brazo.*) ¿No comprendes que maldito el gusto que me da el no acompañaros?
- L. María** Bueno, acepto; pero conste que me marcho disgustada.
- Pedro** Sabes que voy a creer que mi sola compañía te disgusta.
- L. María** (*Acariciándole.*) ¡No, papaito rico, no! El que nos sobra es Alvaro, que pierde un paseo tan agradable por escribir unas cartas, que muy bien puede tragarse el mar, para digno remate. (*A Alvaro, despidiéndose con la mano a modo infantil.*) ¡Adiós, maridito!
- Alvaro** (*Yendo hacia ellos.*) ¡Hasta luego, encanto! ¡Adiós; padre-suegro! ¡Ah! Sed amables y hacerme el favor de advertir que no estoy para nadie.
- L. María** ¿Presientes alguna visita?
- Alvaro** No, pero por si acaso...
(*Mutis don Pedro y Luisa María por la derecha.*)
- Alvaro** (*Se sienta junto a la mesa de despacho y saca una carta de uno de los cajones, leyéndola atentamente.*) ¡Qué imprudencia! (*Se levanta, guardándose la carta en el bolsillo. Se dirige al ventanal, donde permanece un rato mirando nerviosamente al jardín. Consulta el reloj. Transcurre aún un corto tiempo. Advierte que alguien avanza por el jardín.*) ¡Ella! ¡Hermosa como siempre! ¡Valor!
(*Dentro se oyen voces de mujeres que discuten. Alvaro duda un momento, pero al fin se dirige a la puerta del fondo, que abre, asomando el busto.*)
- Georgina** (*Entrando con desenvoltura. Vestida elegantemente, con un buen gusto extravagante.*) No querías recibirme, ¿verdad? Tienes unos criados tercos y obedientes... ¿Recibiste mi carta?
- Alvaro** (*Sin saludarla.*) Sí, mírala. (*Mostrándosela.*) No te creí tan insensata. (*Cierra la puerta,*

- temeroso.) Tu presencia aquí me compromete.
- Georgina** Los escrúpulos que la vida me enseñó hubieron contigo.
- Alvaro** (*Molesto.*) Bien; ¿qué me quieres?
- Georgina** Verte... y hablarte... y recordar... Marcelo...
- Alvaro** (*Llevándose un dedo a los labios.*) ¡Cuidado! (*Bajando la voz.*) ¡Alvaro! Y no olvides, te lo ruego, mi nombre... Estás hablando con...
- Georgina** (*Interrumpiendo.*) ¡Alvaro Iñiguez de Lara! ¡Cínico!
- Alvaro** ¿Traes paz o guerra?
- Georgina** (*Sentándose desenvueltamente, ante la estupefacción de Alvaro.*) No lo sé. ¿Temes? Hoy vengo simplemente a saludarte.
- Alvaro** Te agradezco la galantería. Estás hermosa.
- Georgina** (*Sonriendo.*) ¿Lo sientes?
- Alvaro** Me encanta. Es una ratificación de mi buen gusto.
- Georgina** Perverso. Me creíste hundida, ¿no es eso? Aquella muchacha simple y confiada, abandonada en Venecia como un trasto inútil, era ya algo muerto en tu agitada vida.
- Alvaro** ¿Te creíste con derecho a que te fuera fiel cuando sabías que tu amor entrañaba en mí una infidelidad?
- Georgina** Eres cruel.
- Alvaro** Soy como soy: cruel, si así lo quieres... Pero advierte que hubiera sido crueldad mayor mentir una pasión que acababa y sacrificarme por un mito.
- Georgina** Pero al menos un poco de piedad para concluir.
- Alvaro** ¿Me exigiste piedad para mi mujer cuando la abandoné por ti?
- Georgina** Estaba ciega de amor... (*Confundida.*)
- Alvaro** El hastío también ciega... y como es algo insoportable, nos hace perversos. Lo que ha de ser, que sea, y pronto. ¡El dolor, como la estocada, recta y a fondo!
- Georgina** ¡Claro! Y pensando así, en vez de restituirme a mi hogar...
- Alvaro** (*Interrumpiendo.*) ¡Bah! Eras joven... bella...
- Georgina** ¡Y digna! Pero tienes razón. ¿A qué alardear de pudor, si un día creyendo en ti me coloqué en la pendiente?
- Alvaro** Tu sino...
- Georgina** Quizá, y presintiendo esa fatalidad afronté

mi suerte, y con la frente alta y la mirada altiva ensayé una sonrisa para todos.

Alvaro
Georgina

¿Por qué torturarte ya, Georgina?
(*Sin prestarle atención.*) ¡Parece mentira, Marcelo, que yo haya vivido dedicada durante cuatro años a ahogar lentamente aquel sentimiento que constituía la parte espiritual de mi ser!... ¡Lo más hermoso!

Alvaro
Georgina

¿Estarás orgullosa de tu triunfo?
¡Ah, mi orgullo! Tú que creiste conocerme, no conociste mi orgullo. Me he complacido en recordarte cuando otros brazos me estrechaban... Con aquella cadenita de oro que me regalaste ¡habrán jugado tantas manos en mi cuello! ¿Recuerdas? Tiene en miniatura tu retrato...

Alvaro
Georgina

¡Eso sí que es cruel!
Cruel para mí, que lo sentía... Las llagas, Marcelo, se cauterizan a fuego.

Alvaro
Georgina

Yo no he infamado nunca tu recuerdo.
Tú jugaste con mi honra y con mi vida. Me hiciste concebir un amor tan grande, que constituía para mí el dios de mi existencia. Cuando el dios que hemos adorado nos resulta injusto, se blasfema, y al brotar las blasfemias de nuestros labios, parece que nos besan el alma como oraciones.

Alvaro

Ya conocías mi historia. Casé coaccionado, sin amor. Cuando dilapidé la fortuna de Laura, te conocí. Me seguiste sin vacilaciones ni dudas. Nada tienes que reprocharme...

Georgina
Alvaro

Si hubieras querido trabajar...
No me enseñaron. Me criaron mimado, sin hacerme estudiar y sin prepararme para la lucha.

Georgina

¿Y tu voluntad, esa fuerte voluntad de que te ufanas?

Alvaro

Mi voluntad me hablaba de vivir y no de sacrificarme. Llevaba como ejemplo las fortunas de tantos preclaros varones que medraron con el sudor de otros míseros semejantes, y pensé que, en conciencia, no resulta criminal engañar a fuerza de ingenio a esos poderosos que *se desenvuelven* amparados por las leyes y defendidos por tantos convencionalismos.

Georgina

(*Sarcástica.*) ¡Oh, qué gesto viril de protesta!
(*Transición.*) Esas rebeldías de que quieres

hacer gala, se avienen mal con el modo desalmado que tienes de engañar a la mujer, un ser más débil que tú.

Alvaro
Georgina

Yo te quería entonces.

Como a la pobre Laura antes. Como a Luisa María ahora...

Alvaro
Georgina

¡Calla!

¿De qué te asustas? ¿Es que finges?

Alvaro
Georgina

No sé fingir.

Has traído el dolor a otra familia. Otro dolor sangriento con que alimentar tu corazón de fiera.

Alvaro
Georgina

¡¡Calla!!

No insistas, no callaré. He venido a recordar tu vida pasada. En un momento de nuestra vida fui tuya... El tiempo no ha pasado en balde, y mientras tú descienes rápidamente por la senda del crimen, yo he sabido afianzar mi pie sobre el pecado en que tú me lanzaste y voy subiendo segura hasta emanciparme de él con mi arte. Hoy eres mío. Ahora te exijo que me escuches...

Alvaro
Georgina

(*Abatido.*) Habla.

Un hombre de buen gusto descubrió en mí a la artista. El también era artista.

Alvaro
Georgina

¿Músico?

Pintor. Se fijó en mí para su arte y fui su modelo. Viajamos... Encontré en él el apoyo honrado de un hombre mundano y bueno... En un atardecer, junto al mar, canté unas canciones viejas, y descubrió en mi voz el color y la luz de sus cuadros y en mi emoción sintió palpar el arte. Me hizo estudiar, y cuando ya nuestras almas hermanas se comprendían, ¡murió! (*Suspirando.*) ¡Otra vez sola! Pero había quedado en mi alma la serenidad de su espíritu selecto y pensé en las cosas santas de la vida. ¡Pensé en mis padres y fui a buscarlos!

Alvaro
Georgina

¿A Mar de Plata?

Sí, a nuestra patria.

Alvaro
Georgina

¿Los has traído a España?

Realicé esa obsesión.

Alvaro

(*Transición.*) ¡Qué extraña sensación al despertar en mí el recuerdo de las cosas lejanas! ¡Para qué pensar en lo muerto, en lo que no ha de ser!

Georgina Y sin embargo hay en tu patria quien aún te espera...

Alvaro Laura... nuestra víctima... tuya también.

Georgina Laura no desespera de que algún día te acuerdes de aquel hogar abandonado...

Alvaro (*Levantándose y pasándose frente a ella, obsesionado.*) ¿Es que hemos de vivir como galeotes sujetos al remo de nuestros pecados o de nuestro error, considerando sólo el mal que pudimos hacer en otros y no teniendo piedad para nosotros mismos?

Georgina Hay que ser egoístas.

Alvaro La vida no perdona al cobarde que la esclaviza y la aniquila entre leyes y sensiblerías... ¡Allá Laura: yo soy feliz!

Georgina (*Despectivamente.*) ¡Feliz! ¿Piensas acaso, pobre aventurero, que tan fácilmente perdona el mundo como tu conciencia? ¿Te has posesionado de tal modo de tu papel, que no temas que venga a despertarte de tu sueño el propio usurpado Alvaro Iñiguez de Lara?

Alvaro ¡Imposible, Georgina!

Georgina (*Sobresaltada.*) ¿Le mataste?

Alvaro Le mataron: yo no sé matar. Alvaro Iñiguez de Lara cayó destrozado en los campos de batalla...

Georgina ¿A tu lado?

Alvaro A mi lado... ¿Lo dudas? En los campos de batalla de la gran guerra rindió el tributo de su heroísmo imbecil. Le conocí en las Legiones Extranjeras. Yo fui legionario en patria extraña por no ser presidiario en la mía. El sentó plaza de voluntario en mi batallón. El combatía por la libertad de un pueblo y yo por mi propia libertad. El eligió a los enemigos enfrente y yo los hallé a mi lado... En torno mío mis compañeros se desplomaban heridos por las mismas balas con que ellos mataron... ¡Yo disparaba mi fusil al cielo!...

Georgina (*Irónica.*) ¡Qué grandeza de alma!

Alvaro (*Más irónico.*) Ya me conoces... Un día... una granada estalló a sus pies. Su cuerpo halló sepultura entre la inmundicia de una charca... En aquella misma acción caí prisionero, y cuando, para tomar mi filiación, me preguntaron: ¿cómo se llama?, yo respondí con aplomo: ¡Alvaro Iñiguez de Lara!

Georgina ¡Qué osadía!

- Alvaro** Llevando aquel apellido fui tratado medianamente por mis opresores y alcancé el rescate en breve plazo... Llegué a esta capital, y a los tres meses casaba con Luisa María...
- Georgina** Con el nombre usurpado, por supuesto...
- Alvaro** Sí; no hubo inconveniente alguno. Hijo único y huérfano, dueño de sus actos... Le creen vivo y fué fácil el engaño...
- Georgina** He oído hablar de Luisa María con encomio. ¡Pobrecilla! ¿Qué daño te ha hecho para que te burles así de ella?...
- Alvaro** ¿Burlarme? ¿Qué dices? ¿Qué palabras te dicta el despecho?
- Georgina** ¡Ah, infeliz! No contabas conmigo... Yo soy el recuerdo que te acusa, Alvaro...
- Alvaro** Recordar... recordar... ¿Pero es necesario recordar, Georgina?... Yo sabía, sí, que todo esto tenía que acabar, pero no quería pensar en ello y llegué a perder la sensación del peligro. No creas que temo por mí, sino por ella... ¡Temo por ella! (*Cubriéndose la cara con las manos.*)
- Georgina** (*Imperturbable.*) Verás cómo resulta que crees que estás enamorado... Esa linda disculpa con que sabes perdonarte todos los crímenes...
- Alvaro** ¡Mujer sin corazón, hermosa y fría como el mármol... si no has conseguido comprenderme nunca, déjame sumido en mi dolor y olvídate de mí! Ya saciaste tu curiosidad y dejaste atormentado mi espíritu... ¿Qué más quierès?
- Georgina** ¡Delatarte... descubrir que has llegado a esta casa para robar!...
- Alvaro** (*Abalanzándose hacia ella y tomándole violentamente de un brazo.*) ¡¡Calla... mujer!! (*Después de rebuscar adjetivos. Deja su brazo, arrepentido ante la emoción de Georgina.*) No temas, Georgina, me ofusqué un momento, pero vuelvo a ser yo... (*Llama a un timbre y en seguida aparece, por la puerta de la derecha, una Criada.*)
- Criada** ¿Llamaba usted, señorito?
- Alvaro** Acompaña a esta señorita, que quiere marcharse...
(*Asiente la Criada y se dirige a la puerta del fondo, saliendo por ella. Alvaro se sienta de espaldas a Georgina y toma un libro.*)

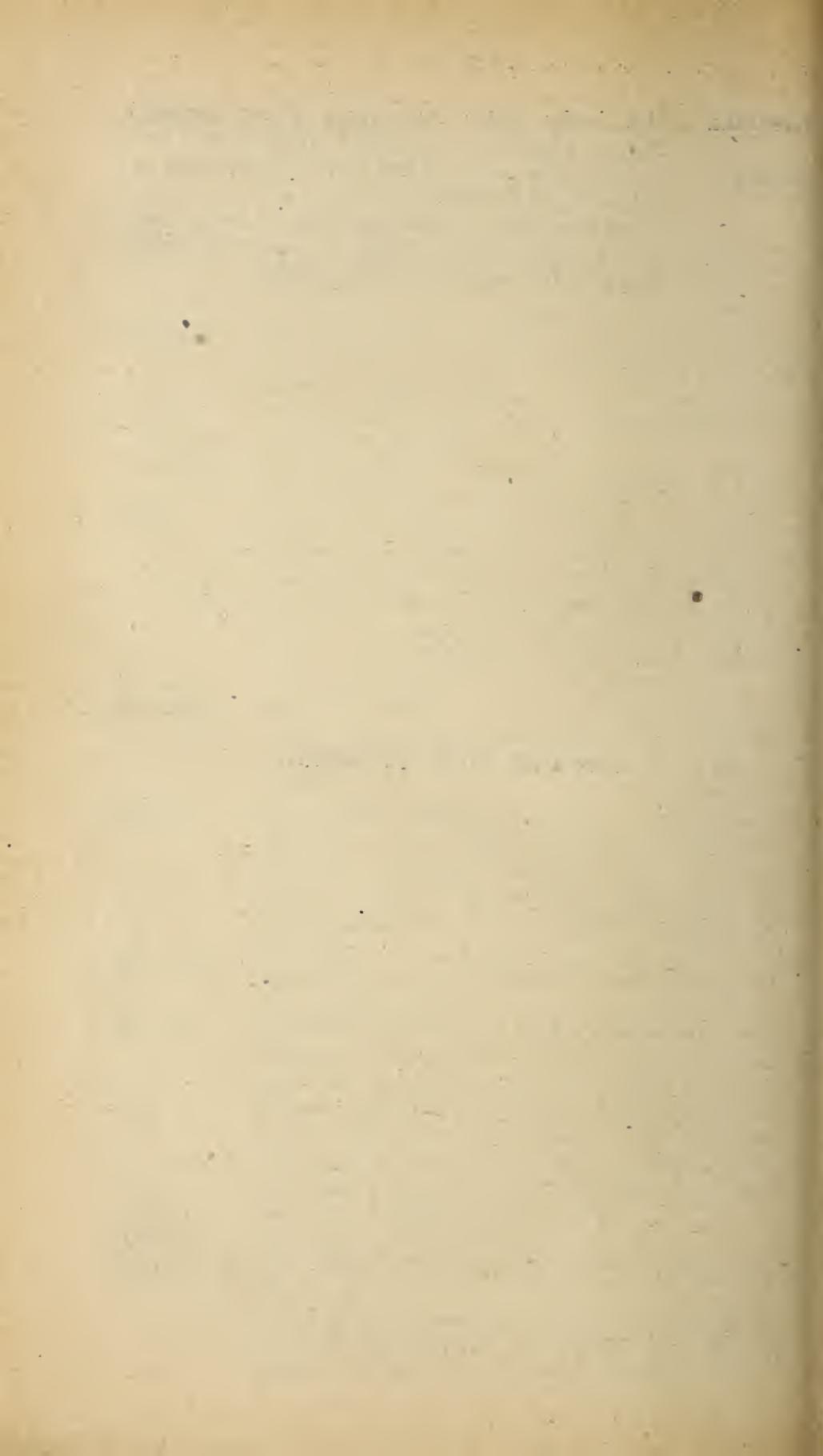
Georgina *(En lucha entre su altivez y su piedad.)*

¡Adiós, Marcelo... sé feliz! *(Altivamente.)*

Alvaro *(Levantando la vista del libro y volviendo la cabeza.)* ¡Sé buena!

(Georgina sale atropelladamente. Alvaro apoya los codos en las rodillas y hunde la cabeza entre las manos.)—Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

Epoca: Unos días después del primer acto.

Ellas, con trajes de baile.

Ellos, de smoking, menos don Eladio, que vestirá frac.

Un rincón apartado del jardín de un lujoso hotel situado en Las Arenas, en la margen derecha de la ría de Bilbao. Residencia de la familia de César Torroba. Es de noche. A la izquierda, se supone situado el edificio, del que se recibirá la luz que despiden los salones en que la fiesta se celebra. Al fondo, una verja, con una puerta de salida poco divisible, que da a la carretera, paralela a la ría, en la que unas luces producirán la sensación, al reflejarse en el agua, de que existen anclados en ella algunos vapores. Más allá otras luces, que corresponden a hoteles levantados en la margen de Portugalete. Una Venus de mármol a la derecha del espectador, bajo un sauce. Un doble banco de piedra, que lo divide una verja artística rematada en su centro por un brazo de luz con una sola bomba esmerilada, estará situada a la izquierda. En el centro, un macizo de flores diversas. Y a la derecha, junto a la Venus, y ocupando la parte más oscura de la escena, un veladorcito moderno, con tres sillas de mimbre, elegantes, a su alrededor.

Al levantarse el telón aparecen en escena DON PEDRO, CESAR, ALVARO, DON ELADIO (nuevo rico), JUANITA (hija de don Eladio), ARTURO (novio de Juanita), LUISA MARIA, GLORIA y GEORGINA. Convenientemente colocados. Es decir, ni juntos formando un solo grupo, ni separados, pues han de intervenir todos en la conversación general.

- César** *(A don Eladio, que viste frac. Se apreciara que aunque el traje es bueno, de precio, él no sabe llevarlo.)* Bien, don Eladio; está usted convertido en un elegantísimo caballero.
- Eladio** No me azares, Cesitar. Ya veo que hago el ridículo, que he venido a la dernière, como diría mi niña; y es que la pobrecita, en su afán de lucirme, cuando debo ir de smoking, me saca el *fraque*, y al revés.
- Juanita** *(Llegando hasta su padre, seguida del novio, que no se separa de ella un momento.)* Pues no me explico por qué has de hacer el ridículo. Al contrario, muy al contrario; si en una fiesta de smoking te presentas de frac, tanto mejor. Lo esencial es que sepas llevarlo... *(Muy redicha. El novio tira de ella, queriendo que no intervenga en la conversación.)*
- Eladio** ¡Justo, hijita, tú lo has dicho! Y a mí, aunque sea triste confesarlo, no me va esto...
- Pedro** ¡Qué cosas tienes, hombre! En ti mejor que en otros. Ahora que estarías menos embarazoso...
- Eladio** ¡Sí, hombre, sí! Ahora me cambio yo esta aristocrática prenda, esta monada, por un modesto traje de faena, y resucitó Eladio Belagoitia; pero así tengo que ser don Eladio, y me sobran dos cosas: el don y el *fraque*. *(La hija quiere intervenir de nuevo en la conversación, pero el novio la detiene. Discusión entre ellos.)*
- Pedro** Y te sobra la sinceridad, con lo cual te mereces, no el don, sino el excelencia.
- Eladio** Bueno, pero que se quede entre nosotros, porque si lo oye mi Juanita, que ya sueña con gastar corona en el papel... ¡Qué cosas hace el dinero!, ¿verdad? ¡Mi hija con sangre azul bajo la piel!...
- César** Otras la disfrutarán con menos merecimientos...
- Eladio** No lo dudes. Si le tiraría ese color, que nació entre el añil almacenado en el muelle. Pudo haber nacido entre bloques de hierro, pero prefirió el añil...
- Gloria** No le hagan caso. Juanita, si tiené vanidad, que no la tiene, la debe a usted.
- Eladio** *(Asombrado.)* ¡Atiza! *(Juanita, con Georgina y el novio, se han retirado un poco.)*
- Gloria** Lo dicho; a usted, don Eladio, que en dos años

le ha hecho una señorita distinguida... Sabe piano, francés, un poco de inglés, mucho de modas, ha depurado su gusto...

Alvaro

Y no sabrá seguramente que los alimentos con que se nutre se condimentan en la cocina de su casa, ¿no?

Eladio

¡Ha puesto usted el dedo en la llaga!

L. María

¡Qué exageración!

Eladio

Nada, Luisa María, mi hija no sabe dónde está la cocina. ¿Para qué le hace falta?

César

Sabiendo francés e inglés, para nada...

Gloria

Vamos, que bien cuida de usted, desagradecido. (*A don Eladio.*)

Eladio

¡Ca, hijita! Lo que hace es gastar... ¿Qué falta me hace a mí este pedrusco que me entorpece la izquierda? (*Mostrando un brillante de formidable tamaño que lleva en el dedo meñique.*)

Alvaro

¡Buen ejemplar!

Pedro

(*Riendo.*) Para que midan tu fortuna, ¡hombre de Dios!...

Eladio

Cosa que importa un rábano a todo el mundo. Si yo he pasado de cargador del muelle a naviero pudiente, me interesará a mí solo; creo yo eso, vamos...

Gloria

Pero así no piensa Juanita, y hace muy bien.

Eladio

No estamos al unísono. Este brillante, además de demostrar la tontería de mi hija al tirar en él unos miles, me estorba. ¡Como que llevo la mano sin movimiento!

Juanita

(*Que ha oído las últimas palabras de su padre y se aproxima.*) Están hablando del anillo. (*Satisfecha.*) Usted, Georgina, que tanto debe entender de joyas... ¿qué dice de este brillante? (*Tomando la mano de su padre.*)

Eladio

¡Quién te iba a decir a ti, Eladio de mi vida, que tu mano causaríá admiración! (*Alarga la mano en un gesto cómico.*)

Georgina

¡Una buena alhaja! Doy cinco mil pesetas por el dedo meñique de don Eladio.

César

¿Hay quien dé más?

Pedro

Cinco mil a la una, cinco mil a las dos...

Eladio

Cinco mil a cualquier hora... Corte usted por donde quiera. (*A Georgina.*)

Georgina

Una buena idea, César. (*A don Eladio.*) ¿A usted le estorba?

Eladio

¡Positivo!

- Georgina** Venga, pues. (*Se lo quita don Eladio, tómallo Georgina y lo deposita en su bolsillo de malla.*) Este señor ha regalado su brillante en noble donación. (*Don Eladio queda viendo visiones.*) Ahora ustedes demuestran también su nobleza, y las joyas que me entreguen las subasto.
- César** ¿Y el producto?
- Georgina** Lo dedicamos a las Casas de Beneficencia de Bilbao. Y así, los que esta noche sufren, dirán que no todas las fiestas son alardes de lujo, vanidades... ¡hay también alardes de nobleza!
- César** Excelente idea. Y habrá que decir que fué una artista quien la inició. (*Se quita su alfiler de corbata.*) ¡Mi joya! (*Georgina la toma.*)
- Georgina** ¡Esto se anima!
- Pedro** (*Sacando una pitillera lujosa.*) Para los fumadores.
- Georgina** Preciosa pitillera. (*A Alvaro.*) ¿Alvaro... usted?
- Alvaro** Como no quiera un anillo. (*Mostrando su mano.*)
- Georgina** Ya lo creo. (*Después de escoger ladina.*) Este mismo. ¡Y gracias! (*Alvaro la mira extrañado. A Juanita.*) ¿Y su novio?
- Juanita** (*Temerosa.*) ¡Te toca a ti, Arturo!
- Arturo** (*Después de rebuscar inútilmente, se decide, emocionado, a entregar su reloj de pulsera.*)
- Georgina** Un reloj pulsera. Está muy bien.
- Arturo** ¡Ca, no lo crea usted! Está hecho cisco...
- Pedro** Cuando él lo dice...
- Georgina** Ya lo saben ustedes, no pujen. Ahora nos toca a nosotras. Las mujeres, a veces, tenemos también rasgos. Mi pendentif. (*Se quita un lindo pendentif que produce asombro.*)
- L. María** Mi pulsera.
- Eladio** (*Entrando en reacción.*) ¡Bien, muy bien!...
- Gloria** Mi collar.
- Juanita** (*Exquisitamente cursi.*) Mi... esenciero...
- Georgina** (*Abriendo el bolso y mirando las joyas.*) Una buena cantidad para los pobres.
- César** ¿Y cuándo se subastan?
- Georgina** Si les parece, después de que yo cante. A última hora. Además, hay que seguir pidiendo en el salón.
- Pedro** Claro que sí. Hoy seremos todos, sin excepción, de buenos sentimientos.

- Juanita** (*Tomando a Luisa María y a Gloria.*) ¿Queréis que postulemos?
- César** Así ayudaréis a Georgina.
- L. María** }
Gloria } ¡Vamos! (*Alegres.*)
- Eladio** (*Saliendo con todos y mirándose al meñique.*)
¡Esta artista!... (*Georgina, que ha quedado rezagada, toma del brazo a Alvaro, que salta en último lugar.*)
- Georgina** Perdona. (*Ante la extrañeza de Alvaro.*) No es mucho pedir que en una fiesta me dediques unos momentos.
- Alvaro** (*Después de volver la cabeza para observar si son vistos.*) ¿Fiesta para ti? (*Se dirigen hacia el velador.*)
- Georgina** ¿Por qué no? La fiesta es un conjunto de cosas agradables, y agradable y grato tiene que ser para mí encontrarte en ella. Ya me he olvidado de que me echaste de... tu casa...
- Alvaro** Frágil de memoria eres. (*Georgina toma asiento al lado del velador y deja el bolsón con las joyas sobre éste.*) Me perdonarás... Mi mujer... Es peligroso este juego... (*Intenta marcharse.*)
- Georgina** ¿Me temes, acaso?
- Alvaro** Un poco. A medida que voy siendo bueno para el vulgo, voy perdiendo valor. Me parece una silueta trágica...
- Georgina** ¡Qué mal me tratas! ¡Qué poco agradeces el bien que aún puedo hacerte!...
- Alvaro** Nunca te pedí ayuda.
- Georgina** Y, sin embargo, la necesitas. Caminas a ciegas.
- Alvaro** Vamos, ya deduzco. Has venido a esta fiesta para ayudarme sin duda... (*Sentándose.*)
- Georgina** He venido por no desairar a César, a quien conocí en París. Me rogó que le concediese mi arte esta noche, y no pude negarme...
- Alvaro** ¿No sabías que nosotros asistiríamos?
- Georgina** Sí; me citó tu nombre. Con ello aumentó mi deseo. Tenía verdadera curiosidad por conocer a Luisa María...
- Alvaro** ¡Cuánto debes odiar a esa mujer que nada malo te ha hecho!
- Georgina** (*Dolida.*) Ella no tiene la culpa. ¡Pobre! ¿No te la imaginas llorosa y abatida?
- Alvaro** La veo dichosa teniéndome a mí a su lado,

- como baluarte de esa dicha. ¡No ves que yo la creé y yo la guardo! ¡Déjame!
- Georgina** Todavía no has tenido para mí, que fui tuya por completo, una frase cariñosa, un recuerdo agradable... ¡No soy mala!
- Alvaro** (*Ante la emoción de Georgina.*) Quizá haya sido yo un poco duro contigo, sí; ¿pero es que no tengo derecho a vivir?
- Georgina** No; estás perdido sin remedio.
- Alvaro** ¿Perdido? (*Georgina baja la cabeza como si algo grave callara.*) Callas, ¿verdad? (*Receloso.*) No sé qué preferir, si tus palabras lacerantes o tu silencio.
- Georgina** (*Abatida.*) ¡Déjame! Ahora soy yo quien te lo ruega.
- Alvaro** No, Georgina; tú no eres así. Amas la lucha, y cuando callas, tu silencio es un mal augurio. Además, tienes emoción, estás turbada... (*Tomándola cariñosamente una mano.*) He vivido mucho tiempo junto a ti para no conocerte... ¿Qué me callas?
- Georgina** (*Retirando su mano.*) ¡Nada!
- Alvaro** Sí, algo, quizá mucho. No me atormentes, Georgina. Dime; ¿se cierne algo contra mí?... (*Suplicante.*)
- Georgina** ¿No dices que nada tienes?
- Alvaro** Nada yo, personalmente; pero Luisa María, ¿no merece que la defienda contra todos?...
- Georgina** Puede ser ya tarde...
- Alvaro** ¿Tarde? ¿Qué peligro me cerca? Habla, Georgina, te lo ruego... (*Enérgico.*) ¡Lo exijo!...
- Georgina** ¡Marcelo! (*Asustada.*)
- Alvaro** Habla. ¿Quién me persigue?
- Georgina** (*Bajando la voz y sin mirarle.*) César...
- Alvaro** (*Extrañado.*) ¿César? ¿Es posible? (*Reflexionando.*) ¡Ah, sí; pudo el despecho, el orgullo estúpido! (*Levantándose.*)
- Georgina** ¿Acaso crees que yo?
- Alvaro** Tú, sí, que te has vengado ruinmente. Lo temía. Tengo una triste experiencia de cómo proceden las almas miserables...
- Georgina** No, Marcelo, yo no; te lo juro. (*Emocionada.*)
- Alvaro** ¡Calla! ¡No empeñes ningún juramento en tu defensa, pobre mujer!
- Georgina** Escúchame, Marcelo, luego juzga...
- Alvaro** ¿Para qué? Ya ha hablado elocuentemente tu rubor, fruto de una cobardía que cuadra muy mal a tu perfidia...

- Georgina** (*Medio llorosa.*) ¡Oh, basta, basta!... ¡Me tratas como a un ser repulsivo! ¡Oyeme, Marcelo!... (*Alvaro pasea nerviosamente.*) César, por no sé qué extraña fatalidad, dudaba de tu linaje y se esforzaba en descubrir tu pasado... No sé, ¡te lo juro!, quién ha podido ayudarle en su empresa... En una comida íntima y sabiendo que yo te trataba, me asedió a preguntas...
- Alvaro** (*Despechado.*) ¡En una comida íntima!... No sigas... Vas a achacar tu revelación a los efectos del champagne... Y le contaste todo, ¿verdad? Mis aventuras galantes... mis andanzas temerarias... ¡mi origen!
- Georgina** No, Marcelo, no; créelo... Nada tuve que contarle... sabía él bastante...
- Alvaro** ¿Por quién? Prosigue la fábula. Es interesante.
- Georgina** Por la familia de quien usurpaste el apellido. Ha tenido noticias de Juan Iñiguez de Lara...
- Alvaro** (*Irónico.*) Me has creído tan incauto que pareciera de nuevas de aquella familia. Juan Iñiguez, mi tío Juan, murió, ¿no lo sabías?
- Georgina** (*Desorientada.*) Entonces...
- Alvaro** ¡Basta, Georgina! La burda trama es demasiado infantil, y ahora, confundida, no vas a poder improvisar algo más verosímil. No temas... eres muy insignificante para mí y no sé cebarme en nada pequeño... ¡Ya coronasteis vuestra obra! ¡Os perdono! Los fuertes sabemos de la satisfacción que produce perdonar...
- (*Se oyen gritos de alegría que parten de la fiesta.*)
- Georgina** (*Sobreponiéndose a su emoción.*) Eres injusto, cruel... yo no te he delatado, Marcelo.
- Alvaro** Ve a la fiesta... Emociona allí con tu arte, que es el único que puede hacerte digna... Confúndete entre todos y déjame meditar en esta noche bella... ¡Mi última noche feliz! ¡Quiero saborearla! (*Se deja caer vencido en una silla.*)
- Georgina** (*Se levanta. No acierta a hablar. Tartamudeando.*) ¡Júzgame bien, Marcelo!...
- Alvaro** ¡Te perdono! (*Sale Georgina.*) ¡Pobre Luisa María! Si ella me escuchara... no es posible... (*Mira Alvaro al bolsón que guarda las joyas, que olvidó Georgina. Lo abre, rebusca en él*)

- y saca la pulsera que donó Luisa María. La mira un momento emocionado y la guarda. Queda de nuevo pensativo, cuando se acerca Luisa María, que viene de la fiesta.)
- L. María** (Entrando.) ¿Tú aquí solo?
Alvaro ¡Solo, no! Dando guardia de honor a este caudal de los pobres... (Señalando las joyas.) Y pensaba, Luisa María, en que ya nadie se acuerda de esas joyas... ¿A qué no sabes por qué?
- L. María** ¿Por qué?
Alvaro Porque ya son de los pobres.
L. María ¿Qué cosas tienes! Será un olvido involuntario de Georgina.
- Alvaro** Hace mucho tiempo que nos hemos olvidado de los miserables involuntariamente... Y hace tanto que olvidamos, perdidas en la noche, nuestra piedad y nuestra conciencia, como esas joyas... ¿Sabes, Luisa María, cómo voy entendiendo la vida?
- L. María** ¿Cómo?
Alvaro Como un eterno remordimiento.
L. María ¿Y por qué, filósofo triste?
Alvaro Porque he descubierto que tengo conciencia. (Pausa.)
- L. María** (Mirando al cielo.) ¡Qué bella noche, Alvaro! ¡Qué misteriosamente tiemblan en la ría las luces de sus riberas y de sus barcos!... Como aquella... ¿te acuerdas, Alvaro?
- Alvaro** En aquella noche me hiciste bueno, ¡y quieres que la olvide! (Emocionado.) Si yo hubiera sido Dios, habría detenido el curso del tiempo. Mi pobre corazón no hubiera conocido el dolor y mi conciencia seguiría dormida... insensible... Siendo hombre he de saber que tengo corazón por el dolor que en él siento. He de valorar la posesión de tu amor por el temor de perderlo, y he de sentir la conciencia aplastando mi vida, hecha de barro y de sombras...
- L. María** ¡Me asustas, Alvaro!
Alvaro (Alucinado.) Ser hombre no es ser nada... Creamos los sentimientos para perderlos, como perdemos la vida... Los hombres debiéramos ser siempre malos... crear odios... solamente odios...
- L. María** ¡Qué inquietudes más amargas!...
Alvaro ¡No te asustes, chiquilla! (Cariñoso.) Toda esa

filosofía me la han inspirado esas joyas abandonadas. Oye, ¿crees que Georgina es buena, que tiene buenos sentimientos?

L. María ¿Por qué no? Si no, ¿a qué se le hubiese ocurrido esa subasta?

Alvaro Encontró el modo de adornar su vanidad. *(Pausa. Se oye una voz que canta un canto dulce. Alvaro se sienta al lado del velador, apoya en él su brazo y tapa sus ojos con la mano.)* ¡Georgina!

L. María ¡Qué bonito canto! *(Cogiendo la cara a Alvaro.)* ¿Por qué me rehuyes la mirada? *(Le mira.)* ¿Lloras? ¿Qué tienes?

Alvaro *(Emocionado.)* ¡Luisa María!...

L. María *(Enternecida.)* ¡Alvaro!

Alvaro Lloro porque ya no sé amarte más que llorando. *(Luisa María apoya su cabeza en el hombro de Alvaro.)*

L. María ¡Alvaro!

Alvaro Tengo fe en ti, mi única fe quizá; pero si vieras, Luisa María, si vieras que al sentirme tan feliz, tan feliz, tengo miedo...

L. María ¿Miedo a qué, Alvaro?

Alvaro Miedo a todo: a la maldad del mundo, a la envidia... miedo a mí mismo... En la vida está siempre acechando el dolor... y el dolor es un espectro cruel que le gusta crisar las risas y arañar en los corazones hasta hacerlos malos...

L. María No creas, Alvaro; muchas veces, al considerar lo feliz que soy, me asaltan esas inquietudes extrañas, como a ti... Ayer soñé una cosa horrible, Alvaro... ¡horrible!

Alvaro ¿Por eso me despertaste á media noche con los ojos muy abiertos, de niña asustada? *(Carriñoso.)*

L. María Habías huído lejos... no sé dónde... y yo, ¡pobre de mí!, iba sola por el mundo... llamándote, llamándote siempre...

Alvaro *(Estrechándola.)* ¡Pobre niñita mía! ¡Qué miedo pasarías de verte tan sola!... ¡tan sola! *(Pensativo.)* Pero ya he vuelto... Si alguna vez el mundo nos separa... tú no podrás arrancar el amor de tu pecho ni la fe del alma... Si yo fuera muy malo... tú me perdonarías.

L. María Y de qué modo más tonto nos estamos martirizando. ¡Ya siento haberte contado mi sue-

- Alvaro** ño! ¿Por qué no olvidar esas inquietudes? ¿Cómo quieres separar, Luisa María, la sombra del cuerpo? Ser feliz es poder ser desgraciado... es la duda humana... *(Súbitamente.)* Luisa María, dame un beso, como si fueras a perderme... *(Se besan largamente.)*
- L. María** *(Como despertando de un sueño.)* ¡Pueden vernos, Alvaro! Qué niños somos: hemos dejado que la noche prendiera en nosotros su encanto misterioso y nos hemos olvidado de todo y de todos... *(Cogiendo las joyas.)* Llevaremos esto a Georgina, que lo estará buscando... Vamos, compañero de locos ensueños... *(Ofrece su brazo.)*
- Alvaro** Vamos... Luisa María... *(Salen.)*
(Empiezan a oírse los compases de un vals. Cuando se supone que Alvaro ha tenido tiempo de dejar a Luisa María en los salones, sale sigilosamente, mirando constantemente hacia atrás, temeroso de ser descubierto. Está profundamente emocionado: su gesto, sus pasos, su mirada, deben dar la sensación de este momento. Saca de su bolsillo la pulsera de Luisa María, mirándola embelesado; después la guarda. Da algunos pasos más, tapa su cabeza con un sombrero flexible que trae oculto y atropelladamente despídese con la mirada de aquella fiesta deslumbradora y traspone la verja. Se oyen unos pasos firmes cuando se aleja; luego, nada. La escena queda sola. Cesa la música. A poco vienen, con la natural algazara, formando un animado grupo, DON ELADIO, DON PEDRO, JAIME, ARTURO, JUANITA, GLORIA, MARTA y ELENA.)
- Jaime** *(Entrando.)* Vamos, que bien se están ustedes divirtiendo, alegres jóvenes. Con una fiestecita así cada semana, nos íbamos a quedar sin niñas solteras...
- Marta** ¡Ojalá, amigo! Yo no digo que todas picasen, pero, por lo menos, las feas oíríamos en ellas frases galantes, porque hay que ver cómo están esta noche los pollos...
- Elena** ¡Insufribles, hija!...
- Gloria** Bien das a entender que tienes un amoroso doncel, Elenita.
- Marta** Di que sí... Y que Dios te lo conserve.
- Elena** *(Disgustada.)* ¡Mil gracias!...
- Pedro** No disgustéis a Elenita. La pobre chica bas-

tante ha sufrido cuando la habéis arrancaña el abanico...

Jaime Y con un soneto tan bello... Si él supiera...

Eladio No te enojés, preciosa. El brillante que yo he donado, digo, que me han arrebatado, es capaz de inspirar miles de sonetos, y ya ves, tan fresco...

Juanita Lo recuperaremos: todo es pujar.

Arturo *(A Juanita, por lo bajo.)* Puja también por mi reloj, vida, que no voy a poder hacer creer a mi familia que lo he dado a los pobres. Figúrate tú qué falta les hace a los pobres saber qué hora es... cuando para ellos todas son lo mismo...

Juanita Haber dado otra cosa; has hecho el ridículo... *(Siguen discutiendo, pero no se les oye.)*

(Entra CESAR y se dirige hacia el velador, sentándose. Jaime abandona el grupo y va a sentarse también. Mientras hablan Jaime y César, el grupo sigue hablando y riendo en silencio.)

Jaime ¡Ah, picaronazo: aunque hayas aprendido de los ingleses el disimulo estoico a prueba de miradas indiscretas, yo te he descubierto, Cesar!... Olvidas que Bilbao es un pueblo bastante más pequeño que Londres. Te han visto, César; te han visto...

César No andarías tú muy lejos, pícaro...

Jaime Ni Georgina tampoco... Secretitos, ¿eh?

César Ninguno. Es una artista excelente... Una buena amiga con la que me gusta distraer algunos ratos... Nada más.

Jaime ¿Y las bacanales de madrugada?...

César Agradables, atrayentes... créelo...

Jaime Lo aseguro. Pero oye, César, ¿no has notado que tras de una fiesta alegre, en que se bebe y se intima demasiado, quedan flotando unos recuerdos?...

César *(Preocupado.)* Bien tristes a veces, bien dolorosos, Jaime.

Jaime ¿Así estamos?

César No interpretes mal. Bien tristes y dolorosos, porque nunca se pueden sospechar ciertas revelaciones en esos momentos íntimos... Y nada más por hoy, buen amigo. Se acabaron las interrogantes... Estamos haciendo falta en ese grupo. *(Dice estas últimas palabras cer-*

- ca del grupo, de modo que en él se den cuenta.)
- Marta** Sí, señor, mucha falta. Basta de recaditos y confidencias.
- Elena** ¿Qué han hecho ustedes de Alvaro? No se le ve en toda la noche...
- Marta** Es verdad... Le he visto distraído, como preocupado... Conoce a Georgina, ¿no, César?
- César** Ya lo creo. Son compatriotas. (*Queda pensativo.*)
(*Don Eladio y don Pedro estaban charlando junto a la verja, al fondo, separados del grupo.*)
- Juanita** ¿Cuándo llegará la subasta? ¿Qué hora es?
- Arturo** (*Le presenta la muñeca, diciendo.*) La de los pobres, ¡vida mía!...
- Marta** El pendentif será muy codiciado.
- Jaime** Tiene razón Marta. Habrá lucha. César va a sacar sus ahorros...
- Gloria** ¿Mi hermano? (*Signo afirmativo de Jaime.*)
A ver si eres tú...
- Marta** ¡Cómo están los hombres, Eleñita! Para una artista, tres o cuatro. Las demás...
- Eladio** Para hacer bulito en la fiesta...
- Gloria** El bulito será usted, don Eladio. Desde que le han quitado el brillante está usted mor-daz.
- Eladio** (*Mirándose al meñique.*) Era la debilidad de mi niña. Cuando quieras das otra fiestecita.
(*A César.*)
- Elena** Pues bien lo merece. Está resultando espléndida. ¡Un brillante!... ¡Pchs! (*Despectiva.*)
¿Qué vale eso comparado con la garganta de Georgina?...
- Jaime** Canta con un gusto, con un sentimiento...
- Pedro** Vale mucho esa chica.
- Eladio** Grita que es un primor. (*Rien todos.*) A mí me duelen las orejas...
- Marta** Ha abierto usted el tarro de los elogios... ¡Que entenderá este hombre de música!...
- Eladio** Será que me ha tocado muy cerca. Como vuelva a cantar la oigo desde aquí...
- Arturo** (*Por lo bajo a Juanita.*) Reconocerás que tu padre es cada día más bruto. ¿Por qué no le compras una pianola?
(*El grupo, durante la conversación, ha ido alejándose hacia el fondo. GEORGINA entra pensativa. Quiere agregarse al grupo, pero a*

notar la alegría que lo invade, se aleja y va hacia el velador.)

Jaime *(Al notarlo.)* ¿No quiere usted contribuir a nuestra alegría?

Georgina Prefiero este rincón. Quiero descansar. *(Se sienta.)*

César *(Que se ha ido acercando a Georgina.)* ¿Estás pensativa?

Georgina *(Pausa.)* ¿Y Alvaro? ¿No estaba aquí? *(Rece-losa.)*

César No, estará en el salón: con ella...

Georgina Allí no está.

César *(Inquieto.)* Es extraño. ¿Hablaste con él?

Georgina *(Emocionada.)* Sí...

(Entra LUISA MARIA, inquiriendo, nerviosa, con la mirada. Dirigiéndose a todos.)

L. María ¿Y mi marido? ¿Han visto ustedes a Alvaro?

César *(Rehuyendo la mirada.)* ¡No, Luisa María!...

Gloria Estará allí; *(Ante la nerviosidad de Luisa María.)* no habrás visto bien... ¿Vamos?

L. María Miré bien, sí... ¡Alvaro!... ¡Alvaro!...

Georgina *(Cruzando las manos, aterrada.)* ¡Huyó! ¡Hemos causado su desgracia! ¡Qué crueldad!... *(Mirando a César.)*

(Luisa María y Gloria, salen.)

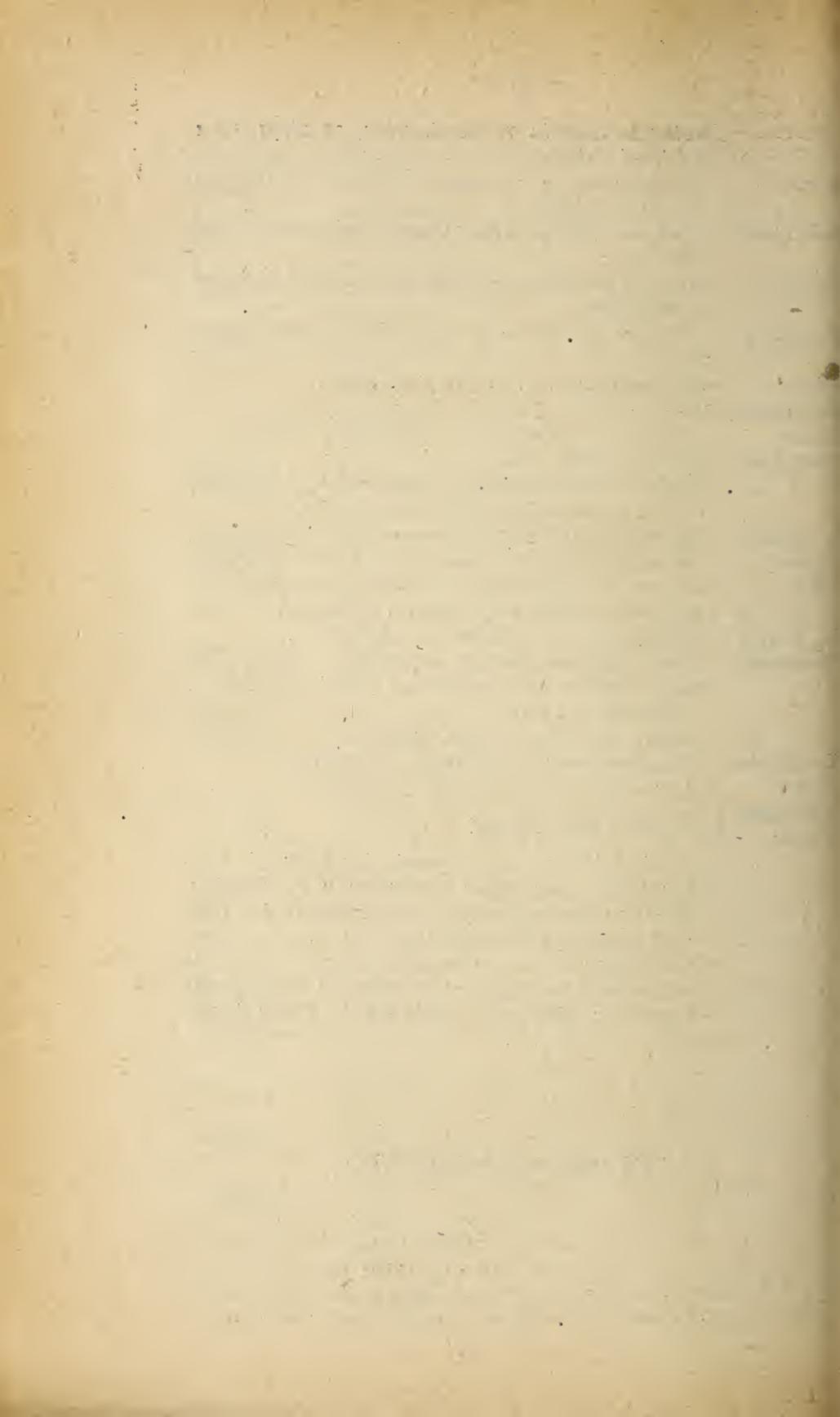
L. María *(Desde dentro.)* ¡Alvaro!... ¡Alvaro!...

César ¡Qué cobarde! *(Crispando los puños.)*

Georgina }
César } ¡Pobre Luisa María!

(En la lejanía se escucharán las voces de Luisa María, que sigue llamando a su marido. En el grupo se habrán interrumpido las conversaciones, sin comprender lo que ocurre, curiosamente, un momento tan solo. Después volverán a la algazara de voces y risas. Debe marcarse bien este contraste.)—Telón lento

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

Epoca: Comienzos del verano del año siguiente a la acción del primero y segundo acto.

Luisa María vestirá de riguroso luto, contrastando con los tonos claros del vestido de Gloria.

Alvaro, americana negra en buen uso, pero sin la pulcritud acostumbrada en los primeros actos por este personaje. Deberá notarse en él la permanencia durante varias horas en la carretera polvorienta, principalmente en el calzado.

Amplia entrada o portalón de una casona antigua, situada en las inmediaciones de un pueblecito riojano, que con las tierras circundantes forma parte del patrimonio de la familia Torroba. Cuidadosamente modernizada su severa antigüedad, habrá una mezcla original de muebles viejos con modernos y cómodos.

Al fondo, izquierda, una ventana enrejada al campo. A la derecha, primer término, una pequeña puerta que conduce a las habitaciones de los Guardas; segundo término, amplia puerta de dos hojas (una de ellas cerrada), que da a la carretera.

A la izquierda, primer término, otra puertecita, y en segundo término, amplia arcada, que deja ver una habitación con zócalo alto de mosaico; de ella arranca la escalera, que conduce a las habitaciones superiores. Algún mueble antiguo, macetas, figuras, etc.

Sentada junto a la ventana, BONI, mujer ñe Venancio, Guarda de la finca; cose mientras canturrea alguna canción de sus años mozos. Próxima a los cincuenta años, como su marido, pero se conservan muy saludables.

VENANCIO, con traje de pana y una camisa muy limpia; tapa su cabeza con una boina. Sale estirándose para dar la sensación de que viene de dormir, de primera derecha

- Boni** ¿Entodavía no has dormido bastante?
- Venancio** (*Sentándose.*) No creas que he reparao lá fatiga. ¡Maldita Casa Consistorial! (*Sigue estirándose.*)
- Boni** Te daría el naípe por defender a los bolchiviques... Sólo t'hacía falta a ti un pedricador como el señorito César... ¿Y no vuelves al Ahuntamiento esta tarde?
- Venancio** ¿Pa qué? Mejor estoy en mi casa aguardando a los señores, que ya no tardarán, porque el sol se pone pronto. ¿Ha ido tamién la señorita Luisa María?
- Boni** ¡Sí, hombre! L'ha convencido el señorito César, y paece qu'iba contenta. La probe bien sufre, Venancio.
- Venancio** Es que el golpe es pa baldar al más fuerte. Mia tú que marchársele el marido y al mes escasamente acabar su padre... aquel hombre más bueno que el pan de los pobres...
- Boni** E icen que murió del bochorno de ver a su hija tan desdichá.
- Venancio** Y bien mal se puso ella tamién. Como que toos pensaron que la razón la perdía.
- Boni** Si no hubiá sido por estos campos.
- Venancio** Verdá es. Yo no sé porqué diantre los ricos sólo han de encontrar salú por esos campos donde crecen tantos miserables. (*Señalando.*) Paece como si nosotros, lejos de guardarles rencor, les estuviéramos preparando la medicina mejor, o sean estos prados tan verdes, esos árboles que pronto se agacharán por el peso del fruto, y ese sol...
- Boni** ¡Cómo hablas! Eres otro Venancio des que eres concejal. Ya ice el señorito César c'has cambiao del to.
- Venancio** ¡El sí c'ha cambiao! Cuando me lo imagino antes de marcharse a la Francia y lo veo como ahora es, to un hombre serio, reparo lo feliz qu'hubiá sido si s'hubiá casao con la señorita Luisa María.
- Boni** Eso rumiaba él, pero ella se enamoricó de ese canalla y sinvergüenza, c'ha deshecho el buen vivir de las dos familias.
- Venancio** Es mucho hombre el tal don Alvaro, a mejor

decir, el tal Marcelo, que hasta el nombre lo había atrapao...

Boni Como qu'era el aventurero más sin conciencia q'ha pisao el mundo. Y un creminal. ¡Vamos, merecía la horca!

Venancio Bastante va a tener si se atopa con don Jaime.

Boni Pues yo me creo, ¡qué sé yo!, c'hace una barbaridá buscándole. ¿Se va a perder él, que tanto vale, por un ladrón de honras?

Venancio Tú no entiendes, Boni. Si don Jaime anda por ahí en busca de su cuñado, es pa castigarlo como se merece, pa matarlo, yo imagino.

Boni Y bueno, ¿y qué va a sacar con ello?

Venancio Pues dejar libre a su hermana, que no podrá ser dichosa en denantes ese hombre ande por la tierra. ¡No ves que ese hombre la estorba para to! Tie que vivir llorando, c'a eso l'ha condenao to Bilbao con sus mermuraciones.

Boni ¡Qué canalla! ¡Mia tú que venir a casarse estándolo ya en las Américas y dimpués de haberse deshonrao en tantas hazañas como icen!

Venancio Bien los engañó, bien. Ahora que yo no alcanzo que fuese un ladrón como cuentan. Si no s'ha llevao na de la casa cuando tenía los millones en sus hocicos... Pa mí que ese hombre s'enamoró de Luisa María.

Boni En mal hora. Pobrecico don Pedro, qué disgustos no pasaría... pa morir comío por las penas.

Venancio Tamién don Jaime estará sufriendo lo suyo. Si supió su hermana...

Boni Se lo callan, y hacen mu bien. A ver si tū vas a meter la pata algún día. Ya sabes que tos le icen que está en Bilbao.

Venancio Como que ella es tonta. Finge creelo por no sufrir más, pero a ver si el señorito César va a poder venir tos los domingos y su hermano no. Ganas que tien de intrigala... *(Pausa.)* Bueno; ¿se marcha hoy el señorito César, Boni?

Boni Sí, en el atomóvil que lo ha traído pa llegar antès. ¡Juan, el chufer, está roncando como un lirón!

Venancio Pues habrá que llamalo. ¿Y la señorita Gloria?

Boni Buenas ganas tie d'ir, pero como que tanto

- a la señorita Luisa María, no s'atreve a me-
nearse de su lado.
- Venancio** Dirás que no s'atreve a proponérselo a su her-
mano. (*Se oyen pasos como de personas que
se acercan.*) ¡Ahí están ya, Boni! A callar han
tocaó. (*Sale a recibirlos, boina en mano.*)
(*Entran por la segunda derecha, primero,
CESAR y LUISA MARIA; después, DOÑA
GLORIA y GLORIA, madre y hermana de
César. Atardece.*)
- César** Estoy encantado. Estos días que paso a vues-
tro lado en esta aldea tranquila y silenciosa,
son como un lecho blando para aquel trajín
de vida de Bilbao.
- Gloria** ¡Ah, pero tus viajes son rápidos! Si vivieras
un día tras otro viendo siempre las mismas
caras, oyendo las mismas cosas, los mismos
ruidos. (*Venancio y Boni mutis por la prime-
ra derecha.*)
- César** Vida ascética. (*Riendo.*) Os envidio.
- L. María** ¡Pobrecita Gloria! Para ella resulta demasia-
da quietud... y todo por mí... por esta soña-
dora, náufraga de un mundo hermoso, arro-
jada a esta playa olvidada en castigo al pe-
cado de haber sido feliz... Para mí, creerlo,
esta tranquilidad me hace mucho bien... aun-
que parece a veces agrandar mi infortunio.
Esta vida me da valor para mirarlo de fren-
te y analizarlo con sosiego. Voy endurecien-
do el corazón. (*Suspirando.*) Olvidando, que
es el placer de los tristes.
- Gloria** Ya es más buena chica. Ya no llora tanto.
Luisa María, ¿verdad que muchas veces co-
rremos como chiquillas?
- D.^a Gloria** Me cansan cuando salimos de paseo. Quie-
ren ir a prisa y yo no puedo seguir las. Hoy,
como has estado tú, se han portado como
dos viejas.
- L. María** Te engañan, César. Son ellas las que me ani-
man, las que procuran distraerme con mimos
y cuidados. Tengo dos madres: una vieja y
otra niña. La vieja va acariciando mi dolor
con sus palabras, buenas como un bálsamo
milagroso. La madre niña ríe, me besa, hace
que corra con ella, me trae ramos de flores,
me prepara el bastidor para que emprenda
labores que ella acaba siempre, y todas las
noches me acompañan en los rezos por mí

pobre padre... (*Dirigiéndose a las dos.*) Ya sé que me queréis, y por eso acepto gustosa el sacrificio.

D.^a Gloria Si quieres que me incomode no tienes más que seguir por ese camino. Yo he pasado ocho meses deliciosos.

Gloria Y yo.

L. María Para ti, Gloria, es un verdadero sacrificio. ¡Con lo hermosas que estarán las playas! ¿Por qué no te la llevas una temporada, César? (*Gloria hace signos negativos.*)

César Por mí... Pero no creo que tiene cara de aburrida. Y además, estos aires del campo le han puesto más guapa.

Gloria ¡Tonto!... No y no. Me encuentro muy a gusto.

L. María Sois demasiado buenas.

D.^a Gloria Y tú, hijita, más: todo te lo mereces.

L. María Oye, César; mi hermano me olvida, no viene a verme.

César ¡Tú sabes el trabajo que tiene!... Yo te prometo que el domingo que viene me acompaña.

L. María El domingo que viene... Eso me dijiste el pasado. No, César, no. ¡Si mi hermano estuviera en Bilbao vendría a verme!

Gloria (*Interrumpiendo.*) Tu hermano no se acuerda de nosotras, pero cuando venga, ya le tiraremos de las orejas. ¡Déjalo, peor para él!

D.^a Gloria (*Oyendo las campanas de la iglesia.*) ¿No vienes al Rosario con nosotras?

L. María Estoy cansada de andar. Me quedo.

Gloria Yo también me quedaría contigo, pero he hecho un voto y tengo que cumplirlo.

César Siempre será alguna penitencia. Estos curas de aldea son muy exigentes con las señoritas modernas, que leen novelas que escribe siempre el diablo.

Gloria No será por las que tú me traes.

César Es verdad. Pues mira, te he traído algunas y las he dejado en el coche... Voy a decir a Juan que se prepare, y de paso te las traigo. (*Cogiendo del brazo a su madre.*) Os llevaré en el auto hasta la iglesia... Y en cambio, me preparas cualquier cosa para comer... Son tres horas de marcha. (*Vanse por la segunda izquierda.*)

L. María (*Que ha quedado pensativa.*) No me engañáis, Gloria. Mi hermano no está en Bilbao. Mi

hermano está persiguiendo a Alvaro, rodando por esos mundos detrás de sus huellas...

Gloria

¡Qué cosas tienes, mujer!

L. María

¡Que Dios no permita que se encuentren!

¡Qué horrible!

Gloria

¿Y por qué te empeñas en creer ese disparate, Luisa María?

L. María

Conozco bien a mi hermano, y le creo capaz, por lavar la afrenta, de matarlo.

Gloria

¡Qué locura, Luisa María!

L. María

Por eso ha dejado al frente de los negocios y de la fábrica a tu hermano. Ahora veo claro.

Gloria

César le ayuda porque es mucho trabajo para él...

L. María

No insistas... Además, lo sé.

Gloria

¿Qué dices?

L. María

Que lo sé. (*Pausa.*) Esa carta que he recibido hoy me lo dice.

Gloria

¿De quién es, de tu hermano?

L. María

¡No; de él, de Alvaro!... (*Emocionada.*) Iba a decir de mi marido.

Gloria

¿Te ha escrito Alvaro?

L. María

Sí... ha tenido el valor de escribirme y me dice que mi hermano le persigue.

Gloria

¡Qué atrevimiento! ¿Dónde está?

L. María

No lo sé. No quiero decírtelo.

Gloria

¿Desconfías de mí, Luisa María?

L. María

En este asunto, Gloria, todos sois enemigos de mi dolor. ¿No es bastante ya, Señor? Todo ha sido un sueño... el matrimonio anulado, yo burlada y escarnecida por las mismas leyes... y ahora queréis la visión horrible de una cárcel que añadir a mi drama... Y mi hermano, loco, impulsado por un honor que no alcanzo a comprender en mi desgracia, buscando sangre... ¿No es bastante ya, Dios mío? ¡Huérfana, sola y aún quieren más! (*Llora.*)

Gloria

Vamos, Luisa María, no seas niña. Vás a enfermar como antes. Mira, niñita, olvida lo pasado y piensa sólo en vivir. ¡La vida es muy hermosa!

L. María

Pero nos la hacen muy desgraciada. ¿A que no sabes por qué me encuentro bien aquí, en estos campos humildes? Porque me parece que aquí la sociedad no existe, que vivimos a modo primitivo, donde casi nadie

nos conoce, donde me hago la ilusión de que los demás no nos piden cuenta de nuestros actos. Si no fuera por don Marcelino, el párroco, que siempre está arañándose en la conciencia, la ilusión sería perfecta... ¡Sin caballeros, ni jueces, ni leyes, ni costumbres... y Dios presidiendo en esta anchurosa amplitud del horizonte!... Y frente a El, nuestra conciencia, nuestro corazón y nuestra vida, hallando en su sabiduría la disculpa a nuestros yerros, el perdón...

Gloria ¿Pero no es en la iglesia donde está Dios?
L. María Dios está en todas partes... Y aquí, bajo el cielo, le hablo directamente y me comprende y me consuela. Y allí, en la iglesia, don Marcelino me habla en nombre de Dios inflexiblemente, de un modo cruel... ¡Gloria, perdóname, pero muchas veces se me pasa por la imaginación la idea de que en la iglesia ha encarcelado don Marcelino a Dios para poder hablar en su nombre contra su voluntad!

Gloria ¡Jesús! (*Persignándose.*)
L. María ¿Qué quieres!... Yo misma me asusto, pero eso pienso...

Gloria Pero eso es pecado, Luisa María.
L. María ¿Pecado? ¿No soy yo misma un pecado hecho carne y que las leyes sancionan? La ley y la religión me dieron a un hombre, y la ley y la religión me apartan de él. Ni una ni otra tienen en cuenta para nada el amor... Y es, sin embargo, el amor la única verdad en la unión de un hombre y una mujer... Oye lo que me dijo el otro día don Marcelino: Si tú amases a Alvaro, pecarías mortalmente.

Gloria (*Ingenuamente.*) ¿Eso te dijo?
L. María Sí, Gloria, sí. Porque las leyes y la religión que hacen los hombres, como ellos, se equivocan. Me dijeron antes ceremoniosamente ¡quiere!, y ahora, cuando se dan cuenta de que no debieron decirlo, me ordenan de un modo inflexible: ¡No quieras, no ames! ¡Como si dependiera de nosotros querer o no querer!

Gloria ¿Pero tú sigues queriéndole?
L. María No lo sé. Lo que sí sé es que le adoraba con toda mi alma y que fui suya de un modo honrado... Y que después aquella dicha me la asesinaron todos... y las leyes y la religión...

que aquello que fué mi ventura es ahora mi dolor... que lo que constituyó mi orgullo es ahora mi afrenta...

Gloria Pero tú no tienes la culpa... Tú sigues siendo lo que eras, una mujer digna.

L. María ¡No tengo la culpa, pero sufro el castigo como si la tuviera!... ¡Y si vieras cuánto ha perdido a mis ojos eso de la dignidad!...

Gloria Sosiégate, hija. Estás disparatando.

L. María ¿Disparatando yo o la realidad cruel de mi vida? ¡Quieres mayor disparate!

(CESAR entra por la segunda izquierda con unos libros en la mano.)

César *(A Gloria.)* Toma, chiquilla, los libros ofrecidos. *(Viendo a Luisa María llorosa.)* Interrumpo algún amable cuchicheo? *(Fijándose.)* ¿Qué te pasa, Luisa María?

Gloria Un pequeño salto atrás en las melancolías.

L. María Nada, César. Es el alma... que a veces no puede contenerse y sale a superficie como un volcán, que nos prueba el fuego interior.

Gloria Bonito ejemplo: si vieras, si no fuera porque comprendo que sufre y me hace sufrir con sus cosas, a mí me encantaría oírla hablar.

César Todos somos elocuentes cuando nos dejamos llevar por el dolor. Luisa María... yo que tanto he alabado tu serenidad...

L. María Tienes razón; hay que ser fuertes, muy fuertes... *(Enjugándose las lágrimas.)* Veis, ya no ha pasado nada. Como aquí no usamos polvos, las lágrimas no dejan surcos en la cara.

Gloria *(Ruborizándose al acercarse César a mirarla.)* Sí, curioso, sí; hoy me he empolvado, pero tiene una explicación muy sencilla.

César Qué, ¿vas al Rosario?

Gloria No seas malévolos, César. No es eso. Es que me he adaptado tan perfectamente a las costumbres aldeanas... Aquí las muchachas no se pasan la borla más que los domingos, ¿sabes?

César ¿Y por lo que veo aprietan la mano?

Gloria Tienen que resarcirse de los seis días de la semana perdidos a la coquetería.

César Es un bello modo de santificar las fiestas.

Gloria Mira qué chistoso. *(Luisa María ríe.)*

César Así me gusta verte, alegre, Luisa María. Qué en la vida, si queremos vencer, hemos de ma-

tar al dolor y ponerle por epitafio una sonrisa.

L. María Pero hay dolores que pueden con nosotros
César Vencerlos es cuestión de voluntad.

Gloria Mientras vosotros filosofáis, voy a ponerme el velo, que se va haciendo tarde. (A César.)
¿Podrán leerse estos libros?

César Para eso se han escrito. Zola... Galdós... Los prohibidos.

Gloria Entonces no me confieso hasta que los lea.
(Vase por la derecha.)

L. María ¡Qué encanto de chiquilla! Siempre está así.
¡Cómo la quiero y cómo la envidio! Así era yo también...

César ¿Y por qué no serlo ahora?

L. María ¿Me lo preguntas tú?

César Yo, sí, que te conocí de niña y sabía de tu valor, de tus arrestos; que te concebí dichosa y no me resigno a verte desgraciada.

L. María ¿Y qué más puedo yo pedirte? Los sufrimientos mismos me traerán resignación. Entretanto dejadme llorar. ¡He reído tanto en otro tiempo!

César No nos preocupemos demasiado del pasado si queremos ser dueños del porvenir. Eres criminal si intentas malgastar tu juventud entre sensiblerías y recuerdos.

L. María Pero yo sola, César... Yo sola luchando...
¡Soy mujer!... ¡Olvidar!

César Olvidar... rehacer el camino.

L. María Ya no seremos nunca lo que fuimos. Suponiendo que yo consiguiera olvidar, ¿olvidaría el mundo, César?

César El mundo... la gente... Todo eso es despreciable.

L. María Despreciable y todo, César, él es el que dicta, el que ordena, el que da y quita reputaciones.

César ¡¡La opinión del mundo!! El temor a parecerle ridículos y hacerle reír, o libertinos y enfurecerle, persiguiéndonos con su desprecio, con su anatema. Es él quien crea ídolos para hundirlos después: es un amasijo de cobardías, envidias y basura. Es el rebaño enva-lentonado por el número: el sentido común rastrero y acomodaticio. Sé fuerte, Luisa María, y acostúmbrate antes a escuchar tu propia opinión.

- L. María** ¿Y qué hacer yo, pobre de mí? Sola... tengo miedo...
- César** Sola, no, Luisa María... Hay quien sufre porque te ve sufrir...
- L. María** Yo soy indigna de un alma tan grande.
- César** ¿Indigna? ¿Por qué?
- L. María** Porque llevo la sombra de la burla y del escándalo pegada a mi cuerpo.
- César** Esa es la opinión del mundo...
- L. María** Y mi propia opinión.
- César** Porque los crees cobardes a todos.
- L. María** No, César: Porque he querido tanto, que no sé si habrá quedado en mí alguna fibra que no haya sido suya.
- César** Un nuevo afecto quitaría al olvido ese dolor callado de la renunciación. (*Insinuante.*)
- L. María** Entonces todo mi pasado sería para mí el verdadero dolor al pensar tan solo que pudiera recordarlo.
- César** Yo no pido cuentas a la fatalidad y me contento con ser feliz.
- L. María** Si no pensé para nada en tu vida cuando creí encontrar la felicidad, sería demasiado egoísta volver los ojos a ti ahora que soy desgraciada. No nos mortifiquemos. Seremos dos hermanos.
- César** Aún espero, Luisa María...
(*Entran por la derecha GLORIA y su madre.*)
- Gloria** ¡Ea, ya estamos dispuestas!
- D.^a Gloria** Ya he dado a Juan el paquetito con la merienda: jamón, unos melocotones y una botellita de vino. Merienda campesina, sin computas ni galletas: nuestra merienda.
- César** En marcha, pues.
- Gloria** (*Llamando.*) ¡Venancio!... ¡Venancio!
- Venancio** (*Saliendo de su casa.*) ¿Qué desea la señorita?
- Gloria** Que te prepares, porque nos vamos. El señorito nos lleva hoy en el coche. Tú te sientas delante, con Juan.
(*Asoma por la puerta de la derecha BONI.*)
- Venancio** Yo hubiera ido a buscarlas aluego.
- Gloria** ¿Es que te da miedo?
- Venancio** Miedo, no... un poco de reparo... Pero, en fin, así será más ligera la cuesta. ¡Adiós, Boni!
- Boni** (*Desde la puerta.*) No te olvides de presinar-te. (*Rien todos.*)
- Gloria** Que seas buena, Luisa María.

- L. María** Reza por mí, que a las niñas siempre hace caso Dios.
- D.^a Gloria** (*Besando a Luisa María.*) Hasta luego, hija. Como no nos separamos nunca, parece que emprendemos un viaje largo.
- Gloria** ¡Vaya, no he de ser yo menos! (*Se besan con cariño.*)
- César** Hasta el domingo que viene; ya te traeré a tu hermano. (*Estrecha su mano.*) ¡Adiós, Boni!
- Boni** ¡Adiós, -señorito!
- L. María** Mi hermano... Si le escribes dile que se sosiegue, que vale más venga a nuestro lado y se deje de nuevos disgustos y aventuras.
- César** Siempre incrédula... En fin, se lo diré tal como me lo dices.
- L. María** ¡Gracias!
- César** (*Muy bajo.*) Que te tranquilices... Aún espero... (*Salen César, Venancio, doña Gloria y Gloria por segunda derecha. Luisa María se apoya en el dintel de la puerta y los despide con el pañuelo. Boni, que ha salido a la carretera, hace lo mismo con la mano. Se oye el trepidar del automóvil que se aleja. Anochece rápidamente.*)
- L. María** (*Entrando con Boni, desmayadamente.*) ¡Ay, Dios mío! (*Suspira largamente.*)
- Boni** ¿Qué tiene la señorita?
- L. María** ¿Qué tengo, Boni? Pena de que se vaya el sol y de que venga la noche... Si pudiera dormir.
- Boni** ¡Qué ganas tenemos todos de verla más contenta! ¡Tan güena como es la señorita! Venancio y yo siempre hablamos de usted y siempre ícimos lo mismo... ¡Tan güena y tan guapa como es la señorita Luisa María y siempre tan triste!
- L. María** A nadie le deseo mi pesar, Boni.
- Boni** ¿Y a qué no procura la señorita distraerse? ¿A qué no vuelve a Bilbao? Esto es mu triste, como dice Venancio; aquí se la come la pena.
- L. María** Os equivocáis. Aquí me encuentro mejor. Esta paz parece que va llegando también a mi espíritu. (*Se oye lejos una campana.*)
- Boni** El último toque. Si no van en el atomóvil no llegan a tiempo.
- L. María** Cierra la puerta, Boni.
- Boni** Sí que sí, que voyme a ordeñar las cabras y podía entrar cualquier ladrón. Que aunque

- loa la gente de po aquí es güena, en los caminos hay de to. (*Cierra la puerta.*) Vaya, ¿manda algo?
- L. María** ¡Hasta luego, Boni!
(*Boni vase a su casa y queda Luisa María sola. Las sombras de la noche van extendiéndose por la escena, dejando a ésta poquisima claridad. Suenan las campanas de la iglesia anunciando el Rosario. Luisa María queda ensimismada en sus pensamientos. Golpean la puerta.*)
- L. María** ¿Eh, quién va? (*Sorprendida.*)
Alvaro (*Desde fuera.*) Gente de paz.
- L. María** ¡Jesús, esa voz!... (*Se acerca hasta la puerta. Ya en ella y antes de descorrer el cerrojo.*)
¿Qué dèsea?
- Alvaro** He perdido el camino y si fuera tan bondadosa que me orientara para ir al pueblo...
¡Abra... no tema!...
- L. María** (*Tras de corta indecisión descorre el cerrojo y abre. Al encontrarse con ALVARO, presa de un temor inaudito.*) ¡¡Alvaro!!... (*Corre desesperada hasta primera izquierda.*)
- Alvaro** (*Avanzando hasla el centro de la escena.*) Yo soy, Luisa María... ¿Me temes?
- L. María** (*Excitada y temblorosa.*) No...
Alvaro (*Tiernamente.*) ¿Por qué huyes entonces?
- L. María** Porque no quiero ver a los canallas. ¡Vete!
¡Fuera de esta casa!
- Alvaro** No me iré, Luisa María... Déjame reposar...
L. María Gritaré... llamaré a los criados para que te arrojen de aquí... ¡Malvado!
- Alvaro** Y no acudirán... Te han dejado sola... Tu grito se perdería en la noche...
- L. María** ¡Y qué quieres de mí, infame?
- Alvaro** Que me escuches por última vez... ¡Has oído a todos, a todos menos a mí, Luisa María!...
- L. María** No quiero oírte...
Alvaro Sosiégate, Luisa María. No me iré sin que me oigas... (*Con resolución.*) ¡¡Estás hablando con tu marido!!...
- L. María** Con el autor de mi desgracia, con el que destrozó mi felicidad y una vida honorable y santa. ¡Vete! ¡A qué vienes? ¿Quién te ha llamado?
- Alvaro** ¡Tú! El recuerdo de la única mujer a quien amé de veras: la mujer que destrozó también mi vida, que mala o buena era mía...

Yo era feliz con mi desvergüenza, con mi deshonra... Tu amor, tú sola, Luisa María, me regeneró... ¿Y me preguntas quién me ha llamado?

L. María Yo no quería saber más de ti... Te concebí cínico y atrevido, pero nunca capaz de profanar este hogar... Esta casa no es mía: es de unas buenas almas que han sacrificado su vida cómoda por mí.

Alvaro Yo respeto esta casa que da cobijo a tus penas, pero por encima de todo está el respeto a nosotros, y hoy los dos aquí vamos a disponer de nuestro destino, no cerrando los ojos, dejándonos llevar por la fatalidad, sino frente a frente, en un duelo de dos corazones. ¿Pero tú tienes corazón?

L. María

Alvaro Llegué a creer que no lo tenía. Nadie le hallaba en mí, y pensé que tendrían razón; pero me equivoqué, Luisa María, se equivocaron todos. Tú supiste encontrarlo...

L. María

Mientes.

Alvaro

Tu hermano me busca para matarme y devolverte la honra... y yo he venido para decirte, Luisa María, aquí tienes mi vida... sin ti no me sirve para nada... quizá tú pudieras llegar a ser feliz con otro... Dime que no me quieres, que aquel amor que me juraste lo ha borrado el odio... y no será necesario que tu hermano me busque... yo sabré cumplir con mi deber como cualquier hombre honrado...

L. María

¡No, Alvaro, no... no quiero tu vida, no quiero nada!... Sólo temo el daño que podáis hacer por mí.

Alvaro

No temas por tu hermano. Mi crimen no tiene defensa... Todo me condena y yo mismo quiero ser conmigo mismo inflexible...

L. María

Jaime es bueno, y si ciego de ira te persigue, yo haré que te desprecie... Vive tranquilo... sigue tus hazañas, tus crímenes... sólo te hago un ruego: no engañes a otra mujer. Recuerda que hay una en el mundo huérfana de cariño, de guía, vieja en plena juventud, y respeta a todas... No te pido más, Alvaro...
(Llora.)

Alvaro

(Emocionado.) ¡No engañes a otra mujer!... ¡Ay, Luisa María! El aventurero que en mi ser creció le mataste tú. Es ésta mi última hazaña. Tu bondad me hizo bueno, y cuando

lejos de ti, por ley fatal, quise robar, no sabía... Me asedió el hambre. Hasta que un día borraré todo mi pasado y trabajaré para vivir.

L. María
Alvaro

¡Pobre aventurero!...

En tu casa sólo busqué cariño... Dejé la fortuna de tu padre intacta... todo quedó allí... hasta mis regalos de boda... Unicamente me llevé tu pulsera... mírala, la que cediste a los pobres... ha sido mi último robo y por sarcasmo de mi vida han sido los pobres mis últimas víctimas... ¡Ya no sé robar!... ¡Escucha, Luisa María! Una mujer con una escritura en la mano tiene derecho sobre mí y me hace su esclavo. ¡Yo me rebelo contra todo esto y pisoteo las leyes esclavizadoras y el honor convencional!... Por el noble sentimiento que me inspiras soy capaz de redimirme en la única y verdadera redención de los hombres, en el trabajo... Si tu dolor es verdadero, si es cierto que me quisiste como dices... aún podríamos ser otra vez venturosos, Luisa María...

L. María

¿Qué te atreves a proponerme, Alvaro? ¿No es bastante el escarnio que has hecho de mí para que aún quieras insultarme?

Alvaro

¡Ten valor para sacudir el yugo que te oprime!

L. María

¡Y cómo creer en los ofrecimientos de un malvado! En ti, el hombre que me abandonó canallescammente en medio de los esplendores de una fiesta, para que la burla fuera más sangrienta... y que otro día, cansado de mí, me abandonaría en un país lejano... como a Georgina, la tiple, como a Laura antes...

Alvaro

A ellas dos sí, y no me arrepiento de haberlo hecho. Las abandoné porque las estorbaba, créelo...

L. María

Lo mismo que pensaste de mí.

Alvaro

¡No, Luisa María! Si huí de Bilbao, fué porque me acobardó la idea de una cárcel en tu propia patria.

L. María

Y la misma noche de la fiesta, dejándome el recuerdo de un beso, huiste de mí como huye un criminal, cobardemente, vilmente... ¡Y aún te escucho con calma proposiciones infames!

Alvaro

Me escuchas por la misma razón que me has traído a mí aquí, desafiando los peligros, expuesto a perder mi libertad... porque ni tú ni yo tenemos voluntad para domeñar nues-

tros sentimientos. Yo a mi modo tenía el orgullo del cinismo; tú tienes el orgullo heredado de casta, de mujer digna. Pero venciendo a estos dos orgullos está nuestro amor... y si me escuchas es porque me quieres... Luisa María...

L. María ¡Falso!... ¡Te odio! (*Baja ruborosa la cabeza.*)
Alvaro (*Acercándose.*) Dímelo mirándome a los ojos...

L. María (*Rechazándole.*) ¡Aparta!

Alvaro Déjame llegar a ti... No puedes desoir mis súplicas... ¿Por qué no ser dichosos, Luisa María?

L. María ¿Qué diría el mundo?

Alvaro ¿Te hace el mundo feliz?

L. María (*Vencida.*) Vete, Alvaro; no sé qué extraña sugestión ejercen en mí tus palabras... no; quiero olvidar.

Alvaro Luisa María, sé bondadosa. Si me hiciste bueno, ¿por qué no terminar la obra?

L. María Ya no tengo fuerzas ni ánimos. (*Pausa.*)

(*Ella no quiere mirarle. La artista debe dar la sensación de la emoción natural en este momento, con un gesto de indecisión, de duda y de deseo. Alvaro se acerca más a ella.*)

Alvaro El tiempo pasa... en el camino, no lejos de aquí, un coche nos aguarda... más allá está la vida buena... aquellos días hermosos de Bilbao... El mundo es grande... y yo ya sé trabajar... Iremos a un país donde nadie nos conozca... para que nadie pueda estorbar nuestra dicha...

L. María Alvaro... ¿y Dios?

Alvaro Ante Dios eres mía... El no puede obligarnos a ser desgraciados.

L. María ¡Alvaro! Hasta el nombre que con más fervor he pronunciado lo robaste, no es tuyo.

Alvaro Lo robé para ti, y es tuyo... Llámame siempre Alvaro; Marcelo, el del mal corazón y de aviesos instintos, no llegó a conocerte siquiera: murió el primer día que me miraste...

L. María (*Le mira con arrobó. Repentinamente sobresaltada.*) ¡Tú tuviste la culpa de la muerte de mi padre!... (*Alvaro crisper las manos, baja la cabeza y calla. Fijándose en sus ropas negras, con acento condolido.*) ¿Por quién vas enlutado?

Alvaro Por tu padre...

(*Se oye rumor de gentes que cruzan por la*

- carretera. Luisa María, azorada, nerviosa, no sabe qué hacer.)*
- L. María** *(Reconviniendo, cariñosa.)* ¡Cómo pudiste ser tan malo, tan malo!
- Alvaro** *(Acercándose más.)* ¡Estás nerviosa, cálmate!
- L. María** *(Con voz apagada.)* ¡Vete, vete, Alvaro!
- Alvaro** Me iré. Tú lo quieres... No volveremos a vernos más. *(Rebuscando en los bolsillos y sacando la pulsera.)* ¡Toma!
- L. María** ¿Qué?
- Alvaro** Tu pulsera, lo único que me queda tuyo. *(Toma su mano y le pone la pulsera. Luisa María permanece inmóvil. El, emocionado, rápidamente deposita en su mano un beso. Marcha tambaleante hacia la puerta, y desde ella, llevándose la mano a los ojos.)* ¡Adiós, Luisa María, adiós! *(Traspone la puerta.)*
- L. María** *(En un grito desgarrador.)* ¡¡Alvaro!!... *(Va hacia la puerta y encuentra a Alvaro que acude a su llamamiento, cayendo en sus brazos, trémula.)*
- Alvaro** ¡¡Mundo... mundo!! *(La toma de la cintura y se pierden en las sombras.)* ¡Vamos a la vida! *(Luisa María mira por última vez la casa y se deja llevar.)*—Telón.

FIN DE LA COMEDIA

ALGUNOS JUICIOS DE LA CRITICA

LA LIBERTAD

Hay en el drama *Rebeldes* un hondo interés humano que se desprende del asunto, si no nuevo, bien escogido, por su innegable fuerza dramática.

A pesar de tal cual inexactitud en el conocimiento del aspecto legal del «caso», la obra llega en el tercer acto a una escena verdaderamente admirable, en que el dolor de la protagonista—separada del hombre que ama por todas las exigencias de la ley, de la sociedad, de la moral corriente y de la misma religión—tiene un grito de protesta tan justo, tan hondo y tan patético, que conmueve y convence, proclamando, con ingenua valentía, que el único vínculo verdaderamente sagrado en la unión de una mujer y un hombre, es el amor.

La escena es, lo repetimos, en general, toda ella notabilísima. Y ya es mucho esto en la obra de dos verdaderos «noveles», no sólo en la exhibición, sino en la producción, ya que, según nos dicen, es éste el primer drama escrito por los señores Romo y Plaza.

Los cómicos estuvieron bien en general, y muy especialmente las señoritas Robles y Lajos, y el señor Vedia.

Manuel Machado.

EL SOL

La dirección actual del teatro Español lanzaba ayer, cumpliendo las bases de su programa revelador, dos nombres nuevos: el de don Antonio Romo y el de don Aselo Plaza, autores de una comedia dramática, cuyo título lograba juntamente excitar nuestra curiosidad y alentar nuestras esperanzas.

La «rebeldía», sin embargo, como tuvimos ocasión de ver, no osaba presentarse antes del final, siquiera ostentase

éste un aire verdaderamente juvenil, digno de todas las simpatías. Una mujer y un hombre deciden romper con su pasado entero y con la opinión adversa de las gentes—tal vez con la opinión hostil de buena parte de los testigos del suceso—, para rehacer su vida y afirmar su dicha en la propia palpación de sus corazones. El telón cierra, efectivamente, el trabajo con ese gesto altivo, desdeñoso e inflamado.

Y nosotros hubiéramos aplaudido incondicionalmente esta producción audaz si las obras dramáticas pudieran reducirse tan sólo al desenlace. La impedimenta grave que encontraba nuestra adhesión era la creencia de que el proceso será siempre lo fundamental, y el desenlace, consecuentemente, la derivación lógica de la pugna de los caracteres.

Decimos esto pensando en los señores Romo y Plaza como autores noveles. De haber sido autores conocidos, acaso nos hubiéramos limitado a saludar su buen éxito. Pero nos entristecía el hecho de verlos preocupados con la construcción y con el público, para adular aquélla y quizá para quedarse a la postre sin éste. Hay habilidad, en efecto; hay perspicacias escénicas en esta obra; pero ellas nos parecen tristemente prematuras y deplorables cuando el fondo no existe.

Claro que esas cualidades secundarias abren el camino a las posibilidades. Pero a nosotros no nos cumple más que esperar esas realizaciones evidentes. El público del Español hizo desde luego bien alentando a los jóvenes autores con su aplauso. La dirección del Español, por su parte, procedió a su vez acertadamente atendiendo a la viabilidad de la comedia.

En la interpretación sobresalió una vez más Evaristo Vedia. Se trata de un actor de positivo porvenir, si es encauzado con discreción. Solamente el descubrimiento de la utilidad de este artista sería un timbre de honor para la temporada presente del Español. Muy discretos los demás, especialmente las señoritas Torrea y Lajos, y los señores García, Alaiz y Escobar. La presentación, escrupulosa y entonada.

José Alsina.

A B C

El tema de las rebeldías contra determinados preceptos de la legislación de un país, especialmente en materia de matrimonio, ha sido fecundo en todos los teatros, y en

la escena española lo han desarrollado con varia fortuna algunos dramaturgos.

Los jóvenes autores señores Romo y Asele Plaza, pertenecientes a la entusiasta grey de jóvenes noveles que se han agrupado bajo la dirección artística del señor Portillo, abordan en su comedia *Rebeldes*, estrenada ayer con éxito en el teatro Español, uno de esos conflictos emanados de la pugna de los sentimientos con el imperativo de la ley.

Los señores Romo y Plaza plantean ese conflicto, y esto es lo interesante para unos comediógrafos que no aspiran, naturalmente, a resolverlo *ipso jure*, con una gran habilidad técnica y una acción saturada de emociones sanas, que el público contempla y escucha con verdadera complacencia.

Los tormentosas inquietudes de la protagonista, una honrada muchacha que cae inconscientemente en el delito de bigamia, y que se ve abandonada de su marido, un aventurero perseguido, fueron interpretadas con absoluta fidelidad por Gloria Torrea, que supo conmover intensamente a los espectadores. No es fácil a todas las actrices transmitir con tanta propiedad la impresión de un dolor tan profundo y tan digno como lo hace la notable y gentil artista, que fué aplaudidísima.

Asimismo mereció y obtuvo el aplauso sincero la señorita Lajos, insinuante y sugestiva; y los señores Vedia, Alaiz y Escobar cumplieron su misión con el entusiasmo y el acierto que tienen por norma.

Al final de la comedia, que tiene tres actos, actores y autores salieron a escena repetidas veces, requeridos por el público

La dirección artística no omitió detalles de verismo.

LA VOZ

No es posible encararse con una obra de autores noveles, como lo hacemos de habitual con las de dramaturgos avezados. Hay que conceder un amplio margen de tolerancia a los errores y a las indecisiones debidas a la inexperiencia. Hay además una obligación moral para público y críticos: la de ayudar a la vida naciente, dar alas a todo lo que aspira a cuajar. En este sentido nos sumamos a los aplausos que los espectadores del Español tributaron a los señores don Antonio Romo y don Asele Plaza, autores de la comedia *Rebeldes*, estrenada ayer.

Parece, por la primera visión de la obra, que han procurado hacer una comedia de análisis psicológico, aliada con una conclusión a manera de tesis generosa, altruista y na-

turalista. La técnica responde a ese tipo de comedia novelesca que es peculiar del repertorio de Felipe Sassone, sin que esto quiera decir que los señores Romo y Plaza le hayan imitado en lo más mínimo: no ha sido el señor Sassone el inventor del género.

Lo que sucede es que la comedia psicológica exige una experiencia de la vida y una madurez superior a la que poseen los, por fortuna, jóvenes autores, y por eso los procesos espirituales de los personajes no están muy definidos ni muy justificados. Fijándonos en los valores positivos de *Rebeldes* (¿rebeldes contra qué?), hay que elogiar algunas situaciones realmente interesantes de la trama y la buena orientación del estilo del diálogo.

Cualidades que por sí mismas tienen valor y anuncian dos autores muy distinguidos para el porvenir.

Los intérpretes se esmeraron en la interpretación de la comedia, sobre todo la excelente actriz señorita Lajos, el señor Vedia y la señorita Torrea.

Tomás Borrás.

EL LIBERAL

Hay en la obra estrenada ayer en el Español elementos dramáticos que revelan en sus autores grandes disposiciones para la escena. Momentos de emoción, esbozos de caracteres bien diseñados, diálogo fácil y literario, y, sobre todo, ese movimiento escénico que sólo se logra dominar con la práctica de muchos años; todo esto está resuelto satisfactoriamente en la primera producción de los señores Romo y Plaza. Con estos elementos, cualquier asunto puede desenvolverse sin sufrir las protestas del público y hasta obtener un éxito tan lisonjero como el que ayer obtuvieron los autores de *Rebeldes* con una comedia que no podría resistir un detenido examen sin estar avalorada por la habilidad de la técnica.

A nuestro juicio, los señores Romo y Plaza han escogido un mal asunto para lanzarse al teatro; parten para desenvolver una tesis atrevidísima y trascendental de un caso particularísimo y forzado.

De todos modos, es digno de elogio que los noveles autores hayan abordado el teatro serio y que tengan el valor de desarrollar un pensamiento atrevidísimo en estos tiempos de sensiblería y superficialidad artística.

Con las condiciones que demuestran podrán indudablemente hacer algo bueno el día en que cuenten con una idea más sólida.

La interpretación de la comedia fué discreta en conjunto, distinguiéndose las señoritas Gloria Torrea y Julia Lajos. La primera tuvo momentos felicísimos en la escena final de la obra, que es la más dramática.

Los autores fueron llamados a escena al final de cada acto.

F. A. M.

HOY

Los nuevos autores señores Romo y Asele Plaza estrenaron ayer, con lisonjero éxito, su comedia, en tres actos, *Rebeldes*

Se trata de un afortunado intento revelador de apreciables cualidades de dramaturgo en esos jóvenes autores, que demuestran fino espíritu observador y una habilidad escénica poco común tratándose de principiantes.

En cuanto Romo y Asele Plaza se resuelvan a abandonar la malsana tendencia del anticuado teatro de ideas, que convierte la escena en cátedra de filosofía—y que en la obra estrenada ayer asoma de vez en cuando—, tendremos en ellos dos autores de nervio, de amplia visión, de habilidad y de un gran sentido moderno.

La prueba de ayer acredita que tienen pasta de autor, y nos dice que podemos fundar en ellos halagüeñas esperanzas.

Rebeldes se hace interesante desde el primer acto, y el interés no decrece hasta el final.

También hay positivos aciertos en la creación de tipos, tanto en los principales como en los episódicos. Alguno de estos últimos revela en los señores Romo y Asele Plaza condiciones para el cultivo de la comedia, y hasta tal vez del sainete.

Los alentadores aplausos con que el público premió esa primera obra no pueden ser más justos ni merecidos.

Los actores y las actrices cumplieron como buenos, formando un conjunto admirable.

La presentación merece los más calurosos elogios. Las tres decoraciones son perfectas.

Cuando en una temporada corta, como la actual, y con un gran número de estrenos, no se repara en gastos ni sacrificios con tal de presentar las obras con el decoro debido, es que se trata de una Empresa que sólo persigue fines artísticos y de una dirección, no ya respetuosa, sino devota del Arte.

LA ACCION

Anoche se estrenó una nueva obra titulada *Rebeldes*, de que son autores los señores Romo y Plaza; demuestran en esta obra un gran dominio de la técnica teatral y una indiscutible facilidad para hacer el diálogo, mover las figuras y presentar los caracteres.

La interpretación no ofreció nada saliente.

Autores e intérpretes se presentaron en escena al final de los tres actos.

HERALDO DE MADRID

Los señores Romo y Plaza, jóvenes autores de la comedia *Rebeldes*, estrenada anoche en el teatro Español, han abordado en esta primera producción que someten al público ese conflicto, eterno en la vida, que proviene del choque entre los sentimientos afectivos y el imperativo de la ley escrita.

El conflicto está desarrollado con las naturales impericias de todo novel, pero no le falta emoción e interés.

El público tributó alentadores aplausos a los autores, especialmente en el tercer acto.

Gloria Torrea supo transmitir la inquietud atormentada del personaje que representaba con toda propiedad y verismo.

Con la señorita Torrea se distinguieron también la señorita Lajos, tan buena actriz como siempre, y los señores Vedia, Alaiz y Escobar, ajustados en sus papeles.

Para todos ellos, autores e intérpretes, hubo aplausos y llamadas a escena.

LA TRIBUNA

La rebeldía, contra las leyes matrimoniales es el problema que en su obra plantean los jóvenes autores don Antonio Romo y don Aselo Plaza.

A Marcelo, protagonista de la comedia, le interesa, por sincero enamoramiento, que tenga sanción legal su segundo enlace, rompiendo para ello las cadenas sociales que le sujetan a su primer compromiso.

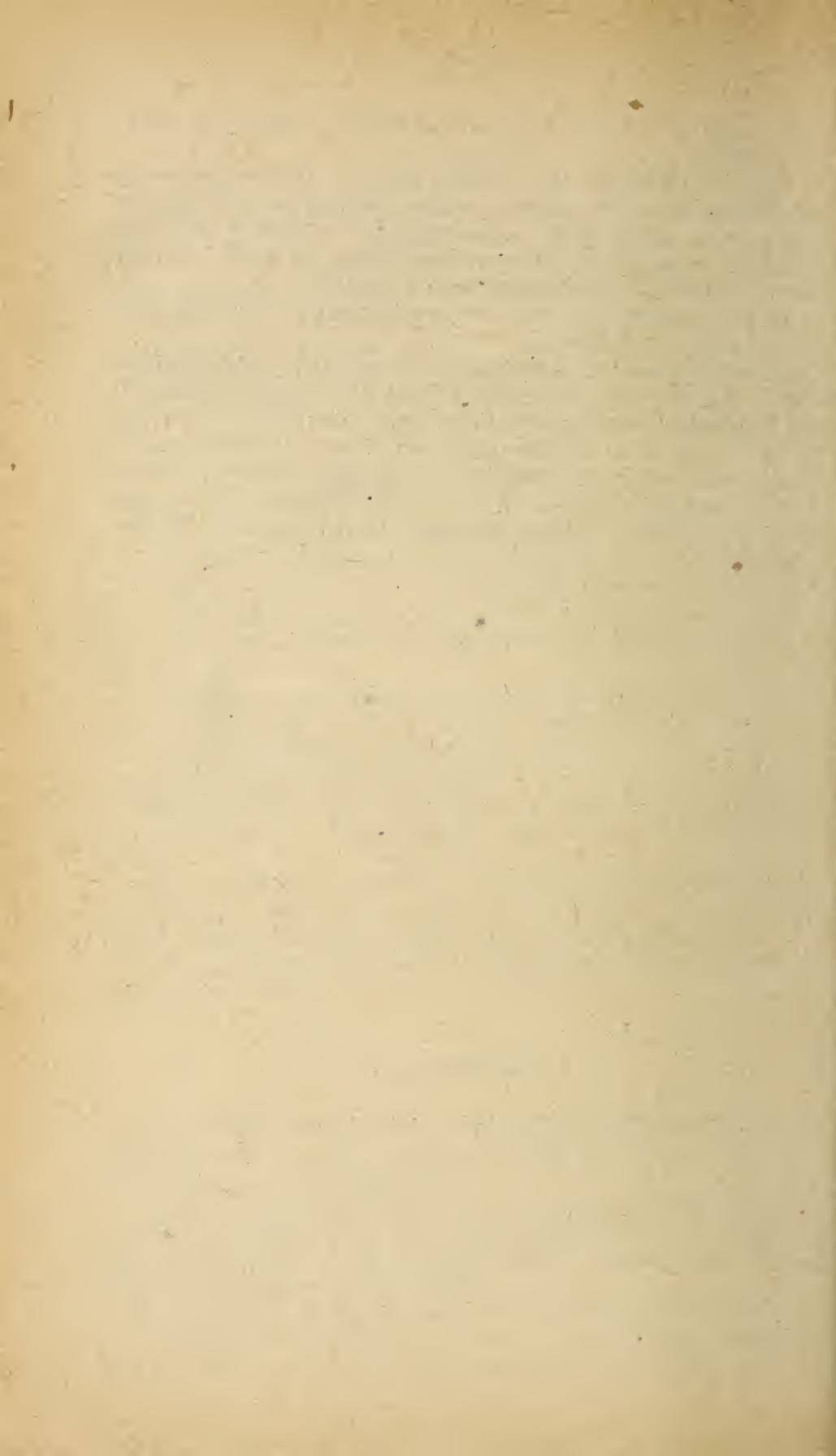
El problema, como se ve, existe; pero el aventurero argentino, que usurpa otro nombre y olvida viejos compromisos, será un pasional después; mas previamente es un

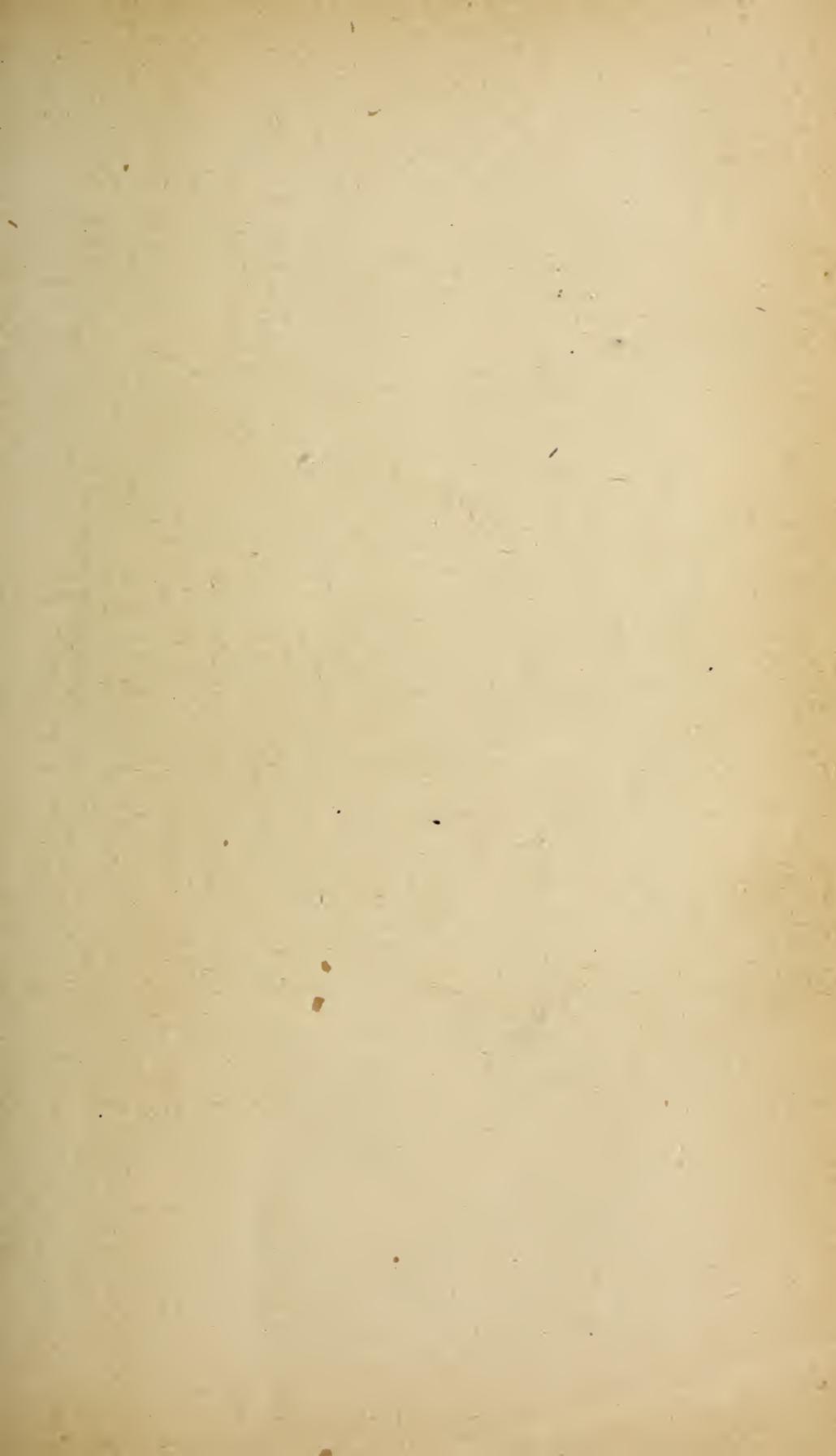
mal esposo y siempre un mal caballero, aunque les pese a los autores.

Esto no obstante, los señores Romo y Plaza demuestran en el desarrollo de la fábula loable acierto, fecunda inspiración y buen deseo, y en el lenguaje del diálogo y en el movimiento escénico aventuran esperanzas de más lisonjeros éxitos si persisten en sus aficiones teatrales.

El pensamiento es sumamente atrevido, y, en consecuencia, de difícil solución.

La interpretación, excelente en conjunto, distinguiéndose Gloria Torrea, que en la escena final de la comedia demostró sus laudables méritos artísticos. Muy bien Julia Lajos, que dió a su papel el matiz adecuado. Julia Santero, Juanita Robles, Honorina Fernández, Filomena Sedeño, Vicenta Soria, Mercedes Revest y Victoriana Eguilaz. Y de ellos, Evaristo Vedia, Santiago García, Alaiz, Escobar, Pozanco y Brasal.





189

2

Precio: TRES pesetas